

EN PALABRAS DE SIMONE WEIL

EL IDEAL DE UNA CIVILIZACIÓN PRÓXIMA AL BIEN

Mailer Mattié



INSTITUTO SIMONE WEIL EDICIONES

Madrid, 2023

Fotografía de portada: © Manuel F. Minaya (Zaragoza). Noche de Perseidas. Agosto 13 de 2023.

En: <https://www.facebook.com/fernandezminayamanuel>

© Mailer Mattié, 2023.

Avanzamos vertiginosamente hacia el límite a partir del cual Simone Weil pensó en 1934 que la civilización perecería, forzando a la humanidad a regresar a formas de vida social organizadas en colectividades pequeñas; travesía, no obstante -reconoció-, imposible de prever y completamente desconocida. La perspectiva que ha guiado durante las últimas décadas la labor y las obligaciones del Instituto Simone Weil A.C, intentando guardar fidelidad al precepto weileano de poner a circular ideas y razonamientos coherentes y claros que incentiven a pensar con valentía y rigor despiadado, a precisar la escala de nuestras verdaderas responsabilidades y a inspirar y enaltecer el propósito de nuestras acciones.

<https://institutosimoneweilediciones.wordpress.com>

Twitter: @isimoneweil

C.E: mailermattie@yahoo.es

C.E: isimoneweil@yahoo.es

ÍNDICE

I. LOS ERRORES DE NUESTRA ÉPOCA

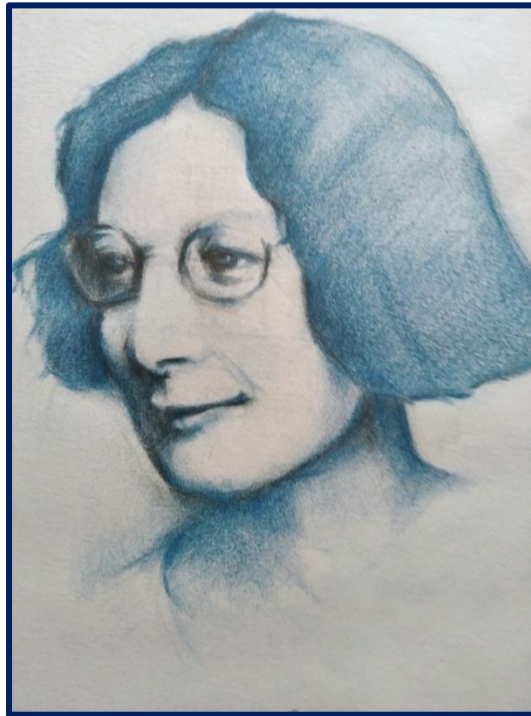
Hay que fugarse, pero la puerta está cerrada
Primer Inventario. Cuando la sociedad es el mal
Segundo Inventario. Las *cuatro taras* del mundo moderno
Infrahumanos y Transfelices

II. UN NUEVO ESFUERZO DE INVENCION. EL ORDEN QUE FORTALECE AL INDIVIDUO FRENTE A LA COLECTIVIDAD

Liberar los anhelos y revalorizar el trabajo manual
El interés apasionado por la humanidad
Limitar el uso de la fuerza
La inspiración es espera, dará frutos en la espera
La reconciliación entre lo sagrado y lo profano
Las necesidades terrenales del cuerpo y del alma
Cooperación pura y espiritualidad del trabajo
Un nuevo patriotismo
La democracia legítima

En general, podemos estar orgullosos de pertenecer a una civilización que ha traído consigo el presentimiento de un ideal nuevo.

Simone Weil. *Reflexiones sobre las causas de la libertad y de la opresión social*, 1934



Dibujo de Arantxa Martín. Madrid, febrero de 2018

Simone Weil (1909-1943) legó al pensamiento contemporáneo una antigua, intensa y crítica mirada sobre la civilización moderna. La visión de una joven mujer comprometida con el bien que es inmutable: la libertad, la belleza, la justicia y la verdad; es decir, con los más elevados ideales de nuestra especie. Trabajando como obrera en París en 1935, descubrió el drama humano que causa la opresión en la vida de las personas, incluyendo la forma de percibir el mundo y la imposibilidad de amarlo. En la fábrica -admitió-, la desdicha entró en su cuerpo y en su alma y, desde entonces, se vió a sí misma como una esclava.

Un legado, edificado a partir de su inconmensurable esfuerzo de pensamiento y de acción, imprescindible para precisar los graves problemas y conflictos del mundo contemporáneo y las posibilidades de su transformación,

obstaculizadas hoy día por el dominio de las ideologías y los errores en la teoría y en la vida social. Weil nos conduce, de hecho, a determinar la magnitud de las demoledoras consecuencias del desarrollo de la civilización moderna sobre la condición humana y a reconocer y explorar, asimismo, las fuentes de inspiración decisivas para construir los fundamentos de una convivencia social próxima al bien. No obstante, aunque sostuvo que las generaciones que presenciarían el hundimiento tal vez no habían nacido todavía, observó que, por primera vez en la historia, la población mundial aceptaba una mayor cantidad de responsabilidades imaginarias y un menor número de obligaciones reales.

El conjunto de su obra constituye, pues, una unidad complementaria que integra, por un lado, el análisis crítico de la civilización moderna y, por otro, un caudal inagotable de inspiración para suprimir radicalmente los errores que constituyen su fundamento. “Ese bloque macizo de oro puro que no se puede separar” -tal como escribió a su madre que se encontraba en Nueva York, poco antes de morir en un sanatorio en Ashford, Inglaterra, el 24 de agosto de 1943-, advirtiéndole sobre los falsos augurios, las vanas esperanzas y las desatinadas profesías, cuya comprensión exige un intenso y prolongado ejercicio de atención, probablemente siempre insuficiente. No obstante, es nuestra obligación real intentarlo.

Mailer Mattié

Madrid, a 26 de julio de 2023

LOS ERRORES DE NUESTRA ÉPOCA

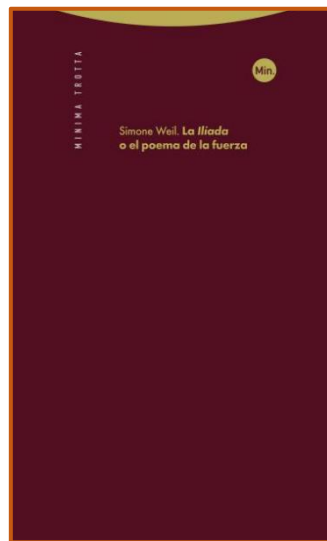
HAY QUE FUGARSE, PERO LA PUERTA ESTÁ CERRADA

Weil identificó en el ensayo *La Ilíada o el poema de la fuerza*, una de las principales carencias de la civilización moderna: la noción de *Némesis*, sanción que castiga el uso de la fuerza, objeto privilegiado de meditación entre los griegos *-geómetras en el aprendizaje de las virtudes-* y punto de partida en los pitagóricos, Sócrates y Platón para pensar lo humano y el universo. De hecho *-observó-*, ninguna de las lenguas occidentales tiene una palabra semejante que exprese esa idea de límite, equilibrio y medida asociada al comportamiento de la vida individual y social, salvo en el uso instrumental de la técnica.

Es decir, ignoramos por completo la *necesidad de geometría* en la organización de la sociedad y la virtud del *amor fati*: el amor al orden del universo *-que es armonía, unión de contrarios complementarios-* y su reflejo en el orden aquí abajo en el mundo. La antigua verdad expresada en formas diversas que compartieron los pueblos en Medio Oriente, en el Mediterráneo o en Abya Ayala *-el continente americano-*, como si escucharan al cielo hablar a la tierra.

Si hay geometría en el ordenamiento social, decía Weil, el júbilo acompaña a la verdad. La realidad de la que dan cuenta, en efecto, los restos de *pasado vivo que se conservan aún*, junto a determinados símbolos y tesoros arqueológicos de diferentes culturas en el planeta, por lo que consideró la destrucción del pasado el mayor de los crímenes. A su entender, las cosas verdaderamente bellas solo proceden de la inspiración que reclama atención y obediencia, atribuyendo, por tanto, la mayor parte de los errores de

nuestra época precisamente al declive de la influencia del orden universal en la construcción de la sociedad.



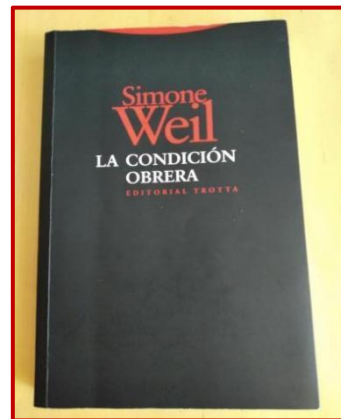
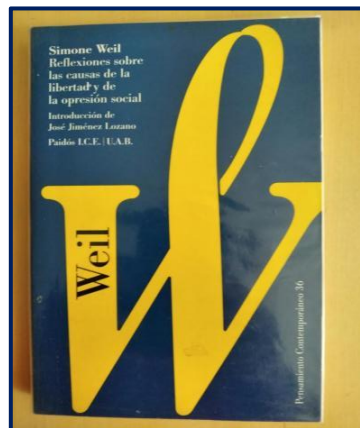
Hoy día, al contrario, una población cada vez más indiferente a su propio destino, desorientada, confusa y voluntariamente sumisa, habita un mundo incierto, en riesgo permanente a causa de los errores en los que se fundamenta. En realidad, vivimos en un constante *estado de shock*, como previó Alvin Toffler (1928-2016) a mediados del siglo pasado en su libro *El shock del futuro*. Avanzamos vertiginosamente hacia el abismo de las *distopías*, en un tren de alta velocidad impulsado por la energía de la estupidez y la codicia; persiguiendo metas grandiosas, abstractas, improbables y extravagantes como el progreso infinito, el socialismo fantástico, la nueva ruta de la seda, el globalismo y demás variantes de una supuesta felicidad sin límites, con el único objeto de legitimar la acción desmedida de todas las formas del mal, las concretas y las sutiles. Es decir, ignorantes e incautos aceptamos la inevitabilidad de la guerra, la ideología y la propaganda, la opresión y la injusticia en nombre de cualquier forma de *utopía*. El previsible y hostil escenario pues, a cuyas amenazas y consecuencias opuso Weil la lucidez de su pensamiento, la energía de su espiritualidad y la ejemplaridad de su sorprendente esfuerzo.

La civilización moderna, hoy en su etapa de decadencia o *líquida*, como la definió Zygmunt Bauman (1925-2017) a comienzos del siglo XXI, probablemente no sobreviva al fin de sus utopías acerca del progreso sin límites y el paraíso terrenal. Solo existe la verdad y el error -escribió Weil-, y en el mundo contemporáneo el error sustituye a la verdad, característica común a todos los modos de organización social acreditados de la modernidad. Es decir, solo se comparten errores, mientras en la Antigüedad los pueblos compartían la verdad. Nuestra sociedad, en efecto -sostenía Weil-, se ha desarrollado sobre las ruinas de la verdad, al destruir sistemáticamente el pensamiento y las formas de vida comunitaria que expresaban el orden del cosmos, fuente de toda espiritualidad y único orden verdadero. Como resultado -afirmó-, la actual civilización carece de calidad y valor espiritual.

Cuando el error ocupa el lugar de la verdad, ésta aparece, además, como algo relativo y mutable; metamorfosis en la cual han jugado un papel determinante la ciencia, la teoría y la información. La autoridad científica, impasible al bien -subrayó-, es, de hecho, la fuente de legitimidad más importante; poco importa la naturaleza de la destrucción, si está avalada por la ciencia, si es útil a los objetivos de la técnica y el progreso. La información colma el vacío que deja el conocimiento, cuyo contenido (cifras, extractos y conjeturas sobre los acontecimientos), proyecta una realidad sin conexión entre sus diferentes ámbitos. Weil observó, además, la necesidad de precisar también los elementos de vinculación entre el arte, la técnica, la filosofía y la ciencia.

La actualidad de su reflexión sobre los efectos de los errores y las carencias de la modernidad en la vida humana, de hecho, perturba e impresiona profundamente. A finales de 1934 terminó la redacción de *Reflexiones sobre las causas de la libertad y de la opresión social*, justo antes de comenzar a trabajar como obrera en Alshom, una fábrica de equipos eléctricos para

tranvías en París, abandonando temporalmente su empleo como profesora de filosofía en un instituto para chicas en Le Puy, Alto Loira. Con extraordinaria lucidez y pesimista clarividencia -citando a su amiga Albertine Thèvenon, en el Prólogo que escribió a la primera edición de *La condición obrera en 1950-*, Weil, de solo 25 años de edad, percibió allí, con aguda intensidad y enorme aflicción seguramente, la progresiva y acelerada deshumanización del individuo, atrapado en medio de la oscuridad impenetrable de la vida social. Un despiadado proceso que inhabilita inclusive la propia capacidad de pensar, destruye el corazón y corrompe el espíritu dominado cada vez más por la ignorancia, la estupidez, el envilecimiento, la impotencia, la apatía y por la ambición material y el miedo como los mayores incentivos de la existencia.



Desdichas e infortunios cuya causa principal atribuyó Weil a la desproporción y el desequilibrio creado entre la medida natural del individuo y las formas monstruosas desarrolladas en todo aquello que concierne a la vida humana: las relaciones sociales, el ámbito comunitario, el trabajo, los modos de subsistencia y la economía, la participación en los asuntos de interés público y la percepción de la naturaleza y el orden del cosmos. La vida, pues, aconteciendo en mitad del caos ocasionado por la brutal mutación de lo humano en inhumano. Destrucción que en el transcurso de un siglo no ha hecho otra cosa que escalar, puesto que en el mundo moderno aquello que progresa es precisamente el error, no la verdad. La supremacía de los errores destruye, en fin, las condiciones bajo las cuales tendría que prosperar lo humano.

Así -argumentó Weil-, en la civilización moderna lo social es el mal, el reino de la fuerza y de la necesidad, puesto que se ignora las fuentes del equilibrio y se desprecia la armonía. Un mundo inaceptable, donde perdemos el alma y la vida es desgarramiento, cuya orientación es contraria a la auténtica espiritualidad porque es ajeno al orden del cosmos, la relación con el universo es irrelevante y carece de raíces, al haber roto con el pasado. “No miramos las estrellas -advirtió-; desconocemos, incluso, qué constelaciones pueden verse en el cielo en cada época del año y el sol del que hablan a los niños en la escuela no tiene el menor parecido con el que ven.” El pasado -subrayó-, ha sido reducido a las “cenizas de la superstición”, instalándose en su lugar “el veneno de nuestra época”: *el fetichismo del progreso y la fantasía de la revolución*, dando lugar, en fin, a un mundo *mal hecho*: una *factoría para producir irrealidad, un gran problema*.

4

La desmesura, ciertamente, lo inunda todo, reiteró Weil: el pensamiento y la acción, la actividad pública y la vida privada. Una degradación, efectivamente, que genera la pérdida de vitalidad y de autonomía en las comunidades y en las personas; que penetra y degrada las relaciones y las actividades humanas, a tal punto que los principales móviles de la conducta individual -rebajados al miedo y al dinero-, la opresión del trabajo asalariado y la educación, convierten a la gente en seres deshumanizados, infrahumanos.



La privación del pasado, asimismo, impide que podamos disponer de una auténtica fuente de inspiración para organizar el tejido social. Un problema real -ausente por completo en las preocupaciones de la sociedad moderna- al que Weil, sin embargo, dedicó enorme atención, convencida de la tarea urgente de idear un método que sirviera a los pueblos con tal finalidad. Precisó, de hecho, que ya en el siglo XVIII la sociedad había prescindido totalmente del reflejo del orden universal, razón por la que en 1789, con la *Declaración de los derechos del hombre y del ciudadano* en Francia, se pretendió instaurar principios absolutos a partir precisamente de la noción de *derecho*, obviando el significado de las obligaciones. Contradicción que generó, a juicio de Weil, la confusión del lenguaje y del pensamiento, presente, cada vez con mayor fuerza, en todas las esferas de la vida política y social contemporánea, desde entonces prisionera de la reivindicación; el punto de partida, en fin, de un mundo donde imperan la necesidad, la fuerza y el error.

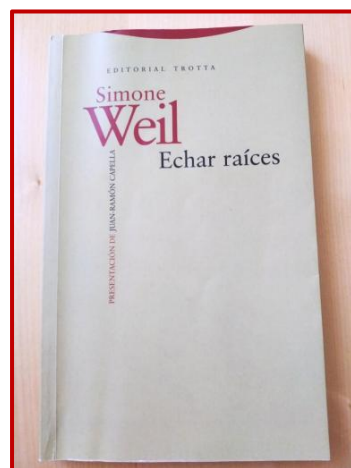
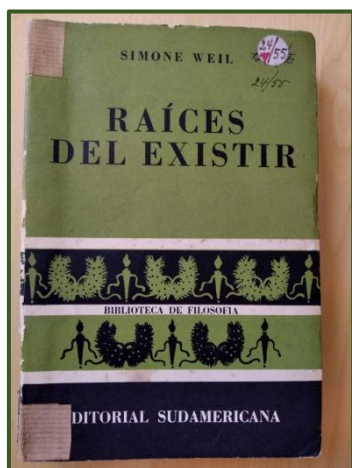
Ignorar la verdad eterna significa, en realidad, vivir en la fantasía y el sueño. La desdicha, además, constituye la manifestación del desamparo que prospera cuando desaparece del mundo la inspiración del orden universal, la armonía de los opuestos: la verdad conocida en la Antigüedad, cuando “los seres humanos eran mejores que nosotros”; la certidumbre de que solo lo universal es verdadero, tal como confirmaron en su momento los mayas dedicados con intensidad a la astronomía o los griegos mediante el desarrollo de las matemáticas y la geometría. La civilización moderna se gestó, pues, desarraigada del universo, al mismo tiempo que la colectividad -donde deberían coincidir los tesoros del pasado y los anhelos compartidos del porvenir; es decir, la conexión entre el pasado y el futuro- fue paulatinamente sustituida en todas partes, no existe; a cambio, se desarrolló el ámbito donde avanzan todos los instrumentos que fomentan el desarraigo. “Hay que fugarse, pero la puerta está cerrada”.

Weil observó, asimismo, que la *fuerza* se había convertido también en un factor determinante en el mundo moderno, encubierta principalmente en forma de prestigio: el valor social supremo vinculado a sus instituciones y la máxima aspiración de los individuos. Vivimos, en general, devorados por el apego al prestigio; es decir, por el afán de una ilusión, de una sombra, de una mentira que asegura la presencia de la fuerza en todos los ámbitos de la existencia

social. El prestigio -decía-, hace de pantalla a la verdad; en relación con el dinero, por ejemplo, el prestigio de la moneda como medio de acumulación, hace de sombra a la moneda como medio de cambio que es el bien, y así en todas las esferas de la sociedad. Se otorga, pues, prestigio al error para evitar que la verdad asome e ignorar que existe.

La civilización actual donde impera el error es, entonces, un mundo privado de lo que Weil llamó *espíritu de verdad*, en referencia específicamente a la expresión de origen griego cuyo significado es *soplo ígneo*, que designaba en la Antigüedad la noción que la ciencia moderna define como *Energía*. Un *aliento de fuego* ausente hoy día de cualquier pensamiento, porque en la historia prevalece la falsa grandeza; en la ciencia, la separación del conocimiento de la verdad universal; y en la religión, el dogma de la mediación de Dios en los asuntos terrenales.

5



La primera necesidad del alma, la que está más próxima a su destino eterno -escribió Weil en 1943 en *Echar raíces* (*Raíces del existir*, en la edición argentina de 1954)-, es la necesidad de orden; es decir, un tejido de relaciones sociales donde nadie se encuentre forzado a violar obligaciones rigurosas para ejecutar otras; hoy día, sin embargo, hay un grado muy elevado de incompatibilidad entre las obligaciones. Para Weil, por tanto, no es posible concebir algo más contrario a un ideal nuevo que la actual forma de civilización, invadida por un desorden que crece constantemente y arruinada

por un despilfarro proporcional a su caos y su confusión. Transformación iniciada -argumentó- en el momento mismo en el que las fuentes de beneficio, de las que el capitalismo obtuvo antes su desarrollo prodigioso, comenzaron a ser cada vez más escasas. Apenas sin darnos cuenta -subrayó-, se han operado muchos cambios profundos y el eje mismo del sistema ha cambiado. En medio del desarrollo de la industrialización, la vida social se orientó en sentido constructivo, puesto que el equipamiento industrial del planeta era el terreno en el que se libraba la lucha por el poder; hoy día, sin embargo, esa lucha ha cambiado por completo de naturaleza, aun cuando en apariencia conserva en cierta medida las mismas formas.

A su juicio, la competencia económica se había convertido, sin más, en una nueva forma de guerra. Una transformación -advirtió- de una oscuridad casi impenetrable, puesto que, en la lucha por el poder económico, se trata ahora más de consquistar que de construir; es decir, el sistema capitalista comenzó en el siglo XX su trayecto hacia la destrucción. Weil estableció así una relación entre el agotamiento de las fuentes de la ganancia económica y el crecimiento de la violencia y la degeneración. En el mundo contemporáneo, pues, el objetivo no es construir, es conquistar; la conquista económica requiere, por tanto, cada vez más procedimientos violentos dirigidos por el Estado.

Los instrumentos de la competencia por el poder económico como la publicidad, el lujo, la corrupción y las inversiones, se apoyan, asimismo, casi totalmente en el crédito, en la circulación de productos inútiles que no satisfacen ninguna necesidad y en la especulación financiera destinada a arruinar empresas rivales, minando las bases de la vida económica antes que ampliarlas. Observó Weil, además, dos nuevos fenómenos que habían hecho su aparición, a los que calificó como una *amenaza trágica*: por un lado, el hecho de que el Estado se estaba convirtiendo progresiva y rápidamente en el centro de la vida económica y social; y, por otro, la subordinación de los factores económicos a los militares. En consecuencia -concluyó-, el eje en torno al cual gira la sociedad no es otro que la preparación para la guerra.

Precisó así la tendencia hacia formas totalitarias de la organización social, hacia regímenes en los que el poder del Estado decidiría soberanamente en todos los ámbitos, incluyendo el del pensamiento. "Esa *cosa fría*", escribió, que

no puede ser amada, pero mata y destruye todo lo que podría serlo; así obliga a amarlo a falta de otra cosa: tal es el suplicio moral de nuestros contemporáneos". En la civilización moderna, de hecho, todas las formas de colectividad han sido reemplazadas por la nación; es decir, por el conjunto de poblaciones y territorios que reconocen la autoridad de un mismo Estado. La nación que es el Estado constituye, entonces, la única colectividad disponible, puesto que las unidades geográficas más pequeñas han dejado de contar o fueron destruidas; por tanto, todo lo relacionado con el orden social concierne al ámbito estatal; se ha desnaturalizado.

Previó entonces el eclipse de la civilización cuando el desorden y la destrucción alcancen un límite, a partir del cual la organización económica y social resulte *materialmente* imposible. La humanidad -subrayó- podría regresar a un nivel de vida más o menos primitivo y a una vida social dispersa en colectividades pequeñas, comenzando de nuevo un camino absolutamente imposible de prever. Imaginar que se puede desviar el curso de la historia solo mediante reformas o revoluciones -advirtió-, es simplemente soñar despierto, tal como hemos estado haciendo desde hace décadas. A su juicio, de hecho, la única posibilidad de salvarnos consistiría en aquello que llamó la construcción de una *cooperación metódica* de todos, poderosos y débiles, con el objetivo de descentralizar y democratizar la vida social, pero el absurdo de semejante idea -escribió- salta a la vista, puesto que tal cooperación es imposible en una civilización que descansa en la rivalidad, la competencia y la guerra, hasta que la máquinaria social y sus tendencias ciegas se bloqueen brutalmente y estalle todo en pedazos.

¿Cuándo se producirá la fractura -se preguntó Weil-, a partir de la cual sería posible plantearse la construcción de un mundo nuevo?. En su opinión, no es posible disponer de datos que permitan determinar el tiempo que podría tardar, si decenas de años o siglos. Weil no contempló el riesgo del agotamiento de los recursos materiales en el corto plazo, incluso en medio de la guerra; no obstante, dado que la civilización destruye todo aquello que podría servir de base a un orden social diferente, impidiendo incluso la iniciativa individual y la organización de las comunidades locales, supuso que el actual sistema podría subsistir hasta el límite extremo de sus propias posibilidades. Consideró razonable, por tanto, estimar que las generaciones

que presenciarían el hundimiento no habían nacido todavía, a mediados del siglo pasado. Hoy, en el curso del siglo XXI, la desolación es mayor.



Hacer un inventario de los errores o la crítica de la civilización actual, suponía para Weil, en suma, poner en claro de forma precisa aquello que denominó la *trampa* que había convertido al ser humano en esclavo de sus propias creaciones. Como escribió en *La gravedad y la gracia*, comprender por dónde se ha infiltrado la inconsciencia del pensamiento y de la acción metódica. No sabemos -advirtió- exactamente lo que subsistirá de esta civilización, “un mundo inaceptable donde perdemos el alma y la vida es desgarramiento”, vacío de inspiración espiritual; sin embargo, recibiremos en herencia al menos la totalidad de sus fragmentos que contendrán, en efecto, con qué aplastar a la humanidad, aunque también -predijo-, al menos en germen, con qué liberarla.

PRIMER INVENTARIO. CUANDO LA SOCIEDAD ES EL MAL

Simone Weil expuso una relación de los mayores errores que sirven de fundamento a la civilización moderna, en su actual fase destructiva. La falsa espiritualidad y la idolatría que separa lo sagrado de lo profano; la búsqueda de la felicidad como un intento de llenar el vacío de júbilo social; la opresión del trabajo; el dolor que separa a los contrarios y la pérdida de nuestra ancestral vocación por la unidad; la supremacía del derecho sobre las

obligaciones; el miedo y el dinero como los principales móviles de la conducta humana; y la confusión entre medios y fines, metamorfosis que constituye una ley inherente a toda sociedad opresora, por lo cual Weil consideró que el derecho como base para la satisfacción de las necesidades se convierte en ficción, más aún cuando las primeras se confunden con sus satisfactores. En suma, un conjunto de grandes desaciertos y equivocaciones, cuyas graves consecuencias hacen que prospere el mal en la vida social.

En ausencia de convivencialidad, en efecto -observó Weil-, la sociedad se convierte en el reino de la fuerza y de la necesidad. Los medios que deben servir a la satisfacción de las necesidades humanas se han transformado en fines, tal como sucede con la economía -el dinero y la propiedad, por ejemplo-, el sistema político, la ciencia, la técnica, la educación, la medicina y la alimentación industrial. Cuando la sociedad es el mal, cuando la puerta está cerrada al bien, el mundo se torna inhabitable, subrayó Weil. Somos, además, voceros y cómplices del uso y el abuso de lo que denominó *contradicciones ilegítimas*, esos enunciados que ocupan el lugar de la verdad y manipulan el pensamiento, perpetuando el gran error que supone pretender solucionar los problemas mediante la misma lógica que los promueve.

En la sociedad moderna, asimismo, el orgullo por la técnica y el progreso ha permitido olvidar principalmente que existe un orden divino del universo: las leyes que ordenan el cosmos, a las que el físico Stephen Howking (1942-2018) identificó con *Dios*. Weil consideró monstruoso, de hecho, que el mundo contemporáneo aceptara de forma natural la escandalosa ruptura entre vida social y espiritualidad -expresión de la separación entre lo sagrado y lo profano-, reflejo de que el individuo ha olvidado que el universo obedece a Dios. Consecuencia de esta separación -sostuvo-, la política se convierte en religión o ésta se transforma en política, tal como se manifestó en el poder de la Inquisición durante el Renacimiento, en el nazismo en Alemania, en el estalinismo en la Unión Soviética -y en el maoísmo en China, entre tantos otros-. Aparece el Estado, además, bajo la forma de la imagen suprema que ostenta el monopolio de la idolatría y de la obediencia; metamorfosis que en la sociedad actual se extiende a la economía y al dinero. Si la virtud de las leyes que ordenan el universo está ausente en la organización social, entonces todo obedecerá a normas ciegas relacionadas con la fuerza y el

poder. Es decir, si hay separación entre lo universal y lo particular, la idolatría usurpa el lugar de esa unidad; la raíz, ciertamente, de la sumisión incondicional a la Iglesia, al Estado, al partido, a la ideología, al dinero o al líder.

En el planeta, en efecto, todo ocurre en el marco de la exacta regularidad de los movimientos circulares de rotación y traslación que dan lugar al día y la noche, a las estaciones que se suceden; al tiempo, en fin, que es circular. La concepción lineal del tiempo es solo un aliado del proyecto de modernidad y del progreso; por ende, una ficción más, un error. Expresa, asimismo, la verdadera magnitud de la distancia entre el orden social y la verdad universal que es -en lenguaje de los pitagóricos, nos recuerda Weil- “armonía que surge de la unión del límite y lo ilimitado, de lo infinito y lo finito”, porque, como sabemos desde hace poco, ciertamente el universo se expande. El error en la concepción del tiempo está, pues, en la base del error del progreso, el crecimiento sin límites y demás utopías que pregonan la industrialización y la técnica como fines en sí. Muestra, en realidad, el grado de degradación de la espiritualidad humana y el peligroso nivel de desarraigo del mundo en relación con el cosmos, del que formamos parte.

2

Bajo la promoción de los intereses y las ideologías económicas que avalan el sistema de producción industrial, desde el siglo XIX la deshumanización del trabajo se ha convertido en lo que Weil denominó una *fatídica singularidad* de la civilización. Tal como sucede en los agujeros negros donde no existen el tiempo ni el espacio, allí se pierde la dignidad. De hecho, constituye una *perversión grotesca* de las *siniestras leyes* de una economía ajena al interés humano -como señaló el economista y filósofo austríaco Karl Polanyi (1886-1964)-, considerar el trabajo humano una mercancía -objeto de intercambio mercantil- y suponer, por tanto, que posee un valor económico. El artificio precisamente que entraña su destrucción como un valor humano; la ficción que permitió organizar el trabajo de tal forma que unos dirigen y pagan, mientras otros ejecutan y reciben a cambio una retribución. El *error del trabajo* que comparten los pueblos en la civilización moderna.

Admitir, en fin, que el salario equivale a la remuneración del trabajo, cuando en realidad no es otra cosa que el pago por el producto de esa actividad, tal cual explicó el comerciante alemán y teórico del dinero Silvio Gesell (1862-1930) en 1916, con el propósito de demostrar que el trabajo humano no tiene valor económico alguno, rebatiendo así a los teóricos cuyas consideraciones solo han servido para impedir la comprensión integral de la economía. Una ficción que supuso, además, un cambio radical en la percepción de las motivaciones humanas, a tal punto que los incentivos no materiales fueron subordinados a aquellos vinculados a las exigencias del sistema económico. Por primera vez en la historia, de hecho, el miedo al hambre y el dinero (beneficios, intereses y salarios), se establecieron como los principales estímulos para favorecer la organización de la producción y del trabajo. Se deduce, entonces, que la *ficción del trabajo* como mercancía es el soporte primordial que sustenta en la sociedad moderna la división entre trabajo manual y trabajo intelectual, entre quienes mandan y quienes obedecen.

Las ideologías económicas, incluyendo el marxismo, en realidad, solo han considerado los aspectos materiales de la actividad económica -los medios de producción y la mano de obra-, ignorando permanentemente las necesidades humanas y el sufrimiento que implica el trabajo en el mundo industrial. El marxismo, de hecho, solo toma en cuenta el aspecto económico de la opresión que es la producción de plusvalía, el vínculo entre la explotación del trabajo y la propiedad privada; la simplificación que ha permitido creer que su eliminación conduciría automáticamente a la desaparición de la opresión, dejando diversas e importantes cuestiones sin resolver. Carece, por tanto, de lo que Polanyi llamó una *visión de conjunto de la economía*, la cual contempla una *visión interior* en referencia a la condición humana, teniendo en cuenta, además, que la *visión exterior* predominante confunde las necesidades con sus satisfactores -con el consumo- y supone, asimismo, que el salario refleja todo el padecimiento que encierra el trabajo. El *error de confundir necesidades con satisfactores*, tal como expresó Weil: el ser humano no tiene necesidad de papas o de pan, sino de alimento; no necesita carbón, sino calor, etcétera.

Reconocer esta realidad, no obstante, permitió a Weil elaborar una *visión de conjunto* al diferenciar, por primera vez en el ámbito del pensamiento, entre la explotación del trabajo -relacionada con el dinero- y la opresión -vinculada al sufrimiento-. Sin duda, la manifestación de la forma moderna de esclavitud que exige, ni más ni menos, la propia complicidad del esclavo, del trabajador asalariado, puesto que el látigo ha sido sustituido por aquello que Weil distinguió asimismo como los incentivos principales del trabajo: el miedo al despido -el miedo al hambre, en Polanyi- y el dinero. Móviles que se convierten, a su vez, en obsesiones para que puedan ser eficaces y que suplen, por lo demás, cualquier *recompensa moral* como el agradecimiento, el elogio o la satisfacción personal, reivindicaciones morales -subrayó- cuya importancia disminuye ciertamente en la medida en que aumentan las mejoras salariales.

Al investigar el carácter de la opresión, Weil intentó comprender no solo su origen, sino también las causas de su reproducción y la posibilidad real de eliminarla. La opresión, de hecho, ha sido un fenómeno social inseparable de las formas más desarrolladas de economía; en las menos desarrolladas, como la caza, la pesca y la recolección, el esfuerzo humano es una reacción a la presión de la Naturaleza sobre la vida social. Mientras el fin último de la sociedad sea el progreso, dadas las versiones conocidas de la sociedad industrial -la del extremo individualismo y la del extremo estatismo-, la opresión -afirmó- será inherente a la vida de los trabajadores. Esto es así porque las razones de su explotación no se reducen a factores económicos, pues son además de naturaleza cultural y social, características del régimen de producción de la gran industria y no solo de las formas de propiedad. Su origen, pues, está en la cultura moderna que es, principalmente, una cultura de especialistas, acentada en la división entre trabajo manual y trabajo intelectual. Unos dirigen y otros ejecutan -tanto en el ámbito económico, como en el político-, y quienes ejecutan permanecen subordinados a quienes coordinan. La opresión que nace y se reproduce en las fábricas, a las que denominaba “presidios industriales”; allí se forman los esclavos modernos -afirmó-: seres humanos sin opción a la libertad y menos aún a construir una clase dominante con capacidad para dirigir la sociedad.

El progreso económico, en consecuencia, puede considerarse un fracaso en la medida que depende de la miseria física y moral de los trabajadores; es decir, la base de la cultura es también el principio que permite reproducir la opresión. Subrayó Weil, pues, el hecho de que el mecanismo de la opresión capitalista se hubiera mantenido sorprendentemente intacto en el sistema de producción socialista, principalmente después de la revolución y del cambio en el régimen de propiedad; reflexión que la condujo, además, a incorporar a su análisis las implicaciones de la lucha por el poder. El surgimiento de la Unión Soviética desde 1917, en su opinión, había revelado que la competencia por el poder, en la civilización contemporánea, estaba indisolublemente unido al crecimiento industrial y a la intensidad de la explotación del trabajo. Concluyó, entonces, que la opresión había permanecido como una constante histórica en la civilización moderna y, por tanto, las revoluciones habían fracasado en el objetivo de liberar a los trabajadores.

La victoria de la revolución -afirmó-, ha consistido solo en transformar una forma de opresión en otra; los cambios jurídicos y políticos, por tanto, resultan del todo insuficientes para destruirla. Mientras garantice el crecimiento de la economía, puesto siempre al servicio de la lucha por el poder, la opresión será invencible. Son las cosas -afirmó- y no los individuos las que otorgan límites al poder, dado que éste depende del desarrollo de la producción y requiere un considerable excedente de bienes; el límite del poder está, pues, afortunadamente en la naturaleza de las cosas. En la dinámica de una sociedad opresora, todo poder, en fin, mantiene y reproduce hasta el límite las relaciones sociales en las que se fundamenta; entre ellas, las relaciones económicas que se nutren de la opresión. Es imposible, entonces, construir una sociedad libre sin derribar el principio que fortalece la opresión: la relación entre la lucha por el poder y el desarrollo de las fuerzas productivas. Cuando se detiene el desarrollo de las fuerzas productivas, la consecuencia es un debilitamiento del poder que puede dar lugar a una revolución.

La revolución, pues, subordinó el fin de la emancipación de los seres humanos al objetivo del crecimiento de la producción, lo que se traduce en la subordinación del desarrollo de la democracia y de la libertad que permanece prisionera de la economía en el mundo contemporáneo. El error de sostener

que el crecimiento industrial no tiene límites, constituía para Weil, en suma, la contradicción interna que todo régimen opresor lleva en sí como un “germen de muerte”. Contradicción que expresa, por lo demás, la oposición entre el carácter limitado del crecimiento de la producción, como base del poder, y el carácter ilimitado de la lucha por el poder: característica que se percibe siempre en cada proceso de transformación social.

La superioridad y el dominio de los errores en la construcción de la vida social, política y económica genera, sin duda, un gran desarraigo, el efecto general más peligroso de la civilización moderna. El desarraigo significaba para Weil, de hecho, la enfermedad social más peligrosa de nuestra época, sobre todo porque se multiplica constantemente a sí mismo, tal como es posible observar en el mundo cada día.

SEGUNDO INVENTARIO. LAS CUATRO TARAS DEL MUNDO MODERNO

Reducido el orden social a los límites y pautas que impone el Estado-nación, Weil calificó el *patriotismo* contemporáneo como una virtud pagana, herencia del Imperio Romano y de su idolatría hacia sí mismo. Es decir, fundamentalmente bajeza y orgullo, puesto que la humildad se consideraba de “mala ley”, análoga al comportamiento de los esclavos cuando adulaban o mentían para evitar el castigo. Legado que la modernidad recibió precisamente a través del Renacimiento europeo que -a su criterio- reflejó primero cierta resurrección del espíritu griego y finalmente la imposición del antiguo espíritu romano.

Observó Weil asimismo que la representación del Estado como objeto de fidelidad había surgido en Francia en tiempos del Cardenal Richelieu (1585-1642), consolidándose definitivamente en 1789 cuando el sentimiento patriótico se encauzó íntegramente hacia el Estado. Una devoción -subrayó- que desarraigó a Francia, al quedar suprimidos todos los demás nexos que habían guiado la lealtad de la población en el pasado. La soberanía de la nación se tradujo así en soberanía del Estado como objeto de idolatría: “Una idolatría sin amor -escribió en 1943- ¿qué puede haber más monstruoso y más triste?”

Los errores y contradicciones que surgen a partir de la confusión del presente en torno a la idea de *patria*, sin embargo, continúan multiplicándose continuamente en el mundo actual. La propagación de los nacionalismos es una muestra, cuyos propósitos culminan, en general, únicamente en la sustitución de una autoridad del Estado por otra.

2

En el mundo contemporáneo, además, Weil identificó cuatro “taras” que impiden vislumbrar una forma de civilización que contenga algún valor próximo al bien, a cuya influencia es casi imposible que un ser humano pueda escapar. Es decir, a su juicio vivimos aferrados a los errores que provienen de una falsa concepción de la grandeza, de la degradación del sentimiento de justicia, de la idolatría del dinero como principal motivación de las actividades humanas, al mismo tiempo que carecemos de cualquier criterio acerca del significado de una inspiración religiosa.

La “cuádruple tara”, pues, que suponía para Weil el origen de la gravedad de los problemas que atañen a la civilización moderna en general, no solo a un tipo específico de sociedad. Se trata, en resumen, de errores de gran trascendencia que falsean el pensamiento y, por tanto, nos mantienen alejados de la verdad. Además, resulta difícil distinguirlos entre sí, ya que provienen, sobre todo, de una constante y progresiva falta de atención que nos impide reconocer las cosas importantes: “La atención -escribió en 1942-, es un esfuerzo, el mayor de los esfuerzos quizás, aunque un esfuerzo negativo (...); la mente debe estar vacía, a la espera, sin buscar nada, pero dispuesta a recibir en su verdad desnuda el objeto que va a penetrar en ella”.

El concepto predominante de “grandeza” constituía para Weil, de hecho, la *tara* más grave del mundo moderno y el mayor obstáculo a su transformación. Un error que suele adjudicarse siempre a los otros y nunca se reconoce como propio, por lo cual “los ángeles -decía- deben llorar o reír, si hay ángeles que se interesan por nuestra propaganda”. La causa central es que, en la interpretación de los hechos históricos, los vencidos no son objeto de atención, siendo la norma su calumnia, la deshonra y la descalificación. El dominio extendido de la falsa grandeza en la concepción de la historia impide,

en consecuencia, llegar a reconocer la mayor calidad espiritual y social de aquellas civilizaciones que fueron destruidas: los celtas, aniquilados por los romanos, por ejemplo. Así, quienes relatan y escriben la historia, transmiten una determinada percepción de la grandeza cuyo principal modelo es el crimen, una noción contraria a cualquier consideración del bien.

La transmisión de la falsa grandeza, sin embargo, no solo es inherente a la historia. En su criterio, en realidad, constituye una *ley regular* que impera también en los ámbitos de la ciencia, de las letras y el arte, sin olvidar la “maestría” alcanzada por el cine en cuanto a la interpretación histórica se refiere.

La concepción moderna de la ciencia, en efecto, significaba para Weil otro obstáculo de primer orden a la hora de forjar la idea de una nueva civilización. La ciencia, junto a sus aplicaciones tecnológicas, es, de hecho, uno de los principales motivos de orgullo del mundo actual. El mundo moderno, sin duda, rinde honor al prestigio de la ciencia; confía en que los científicos encuentran y divulgan siempre la verdad, por lo cual exige un respeto religioso a sus teorías y aplicaciones. No obstante -advirtió Weil-, si se presta una adecuada atención, la ciencia aparece como una actividad ajena al espíritu, a la energía de la verdad. De hecho -afirmó-, “desde los tres o cuatro últimos siglos, debe reconocerse que el hermoso nombre de verdad está muy por encima de la ciencia”.

A partir de la segunda mitad del Renacimiento, en realidad, la ciencia se concibió sin relación alguna con el bien y con el mal -sobre todo con el bien, enfatizó-, la supuesta “objetividad” que la aleja del amor a la verdad -*amor veritas*-. Hoy, ciertamente, el prestigio de la ciencia depende sobre todo de sus aplicaciones técnicas, algo que podría constituir en sí mismo un móvil del trabajo científico. Dichas aplicaciones, sin embargo, están estrechamente vinculadas al poder y el beneficio económico, no a sus logros en referencia al bien y a la satisfacción de las necesidades terrenales del cuerpo y del alma. Como resultado, el estímulo al trabajo científico no es su aplicación técnica, sino un móvil menor, de baja calidad: el prestigio que ésta otorga a la ciencia y a los científicos que no actúan precisamente impulsados por el deseo de encontrar la verdad. Un móvil indiferente por completo a la noción de bien, puesto que nadie se detiene a calcular cada una de las consecuencias

posibles de sus investigaciones -en la energía nuclear, cultivos transgénicos, medicina industrial, etcétera-.

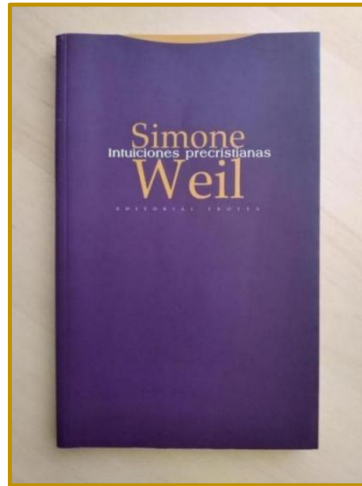
3

Salvo alguna excepción, por otra parte, Weil calificó la práctica religiosa en la sociedad moderna como una *convención*, un *acuerdo*, una *costumbre*. El cristianismo, de hecho, ha sido rebajado a una apariencia, en estrecha relación con los intereses particulares de las élites sociales, condición que explicó -en sus palabras- la mediocre intervención de la Iglesia en la lucha contra el nazismo y también, por supuesto, en referencia al dominio de todas las formas terrenales del mal, incluyendo la destrucción creciente del medio natural indispensable para la vida en el planeta.

Weil advirtió, pues, que el *espíritu de verdad* estaba igualmente ausente en el ámbito religioso, tal como que sucedía con la historia y la ciencia. Si es ajeno a la religión, resulta imposible, simplemente, que esté presente en la vida profana. Situó el origen de esta desconexión en el profundo cisma que sufrió el cristianismo cuando fue degradado a religión oficial del Estado, durante el Imperio Romano en el siglo IV. Desde entonces, el pensamiento cristiano admitió la mediación de la Providencia Divina en los asuntos profanos -a través también de supuestos y sucesivos representantes-, sobre todo para ajustar determinados medios a fines particulares; una intervención -señaló-, justo a la altura del corazón y la inteligencia de los romanos. Un siglo o dos más tarde, todas las actividades humanas habían perdido ya sus fuentes de inspiración espiritual; un proceso -puntualizó-, en el que probablemente intervino también de manera decisiva el dinero, la *monetarización* creciente de la vida social. Los romanos, en fin, vaciaron el cristianismo de verdadera espiritualidad, en un mundo donde la esclavitud había corrompido todas las relaciones humanas, el pensamiento y los sentimientos.

Para Weil, además, la distancia entre ciencia y religión ha fortalecido el vacío de inspiración espiritual que caracteriza a la civilización moderna: “La concepción científica del mundo -subrayó-, no impide observar las convenciones”. Los creyentes que admiten el dogma de la mediación de Dios

aquí en la tierra, honran también piadosamente la autoridad del prestigio científico. Dos esferas difíciles de conciliar que separa inevitablemente el pensamiento en compartimientos cerrados. Impiden tender puentes entre la religión y la vida profana, aún cuando en determinados momentos de la Antigüedad resultara imposible distinguir el ámbito religioso de la poesía, el arte, la filosofía, la ciencia y la política.



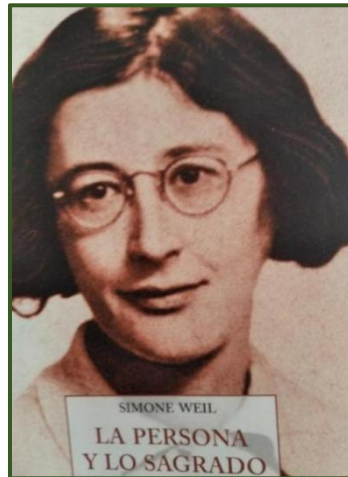
La desconexión entre ciencia y espiritualidad, en suma -subrayó-, ha secuestrado la verdad, convirtiendo el pensamiento científico en un desierto; distancia, además, que ha aumentado enormemente el vacío de inspiración espiritual que caracteriza al mundo actual: “Si la humillación de la desgracia nos despertara -escribió en 1934-, si encontráramos esta gran verdad, podríamos borrar lo que constituye el gran escándalo del pensamiento moderno: la hostilidad entre ciencia y religión”. Una solución práctica, sin duda, de importancia capital que implicaría una verdadera revolución en tiempos modernos. En su opinión, en fin, la distancia entre la Antigüedad y el cristianismo, es la misma que existe entre nuestra vida pagana -como ídólatras- y nuestra vida espiritual. Separación, además, que impide al cristianismo impregnar el orden social y profano como debiera, puesto que la desconexión entre las instituciones civiles y la vida religiosa es un crimen, principalmente en relación con la satisfacción de las necesidades del cuerpo y del alma.

En *Reflexiones sobre las causas de la libertad y de la opresión social*, escribió: “Vivimos una época privada de futuro. La espera de lo que vendrá ya no es esperanza, sino angustia”. Las sociedades modernas constituyen -en su criterio- una “civilización ciega” que carece de guía, somete a los individuos y les impide pensar, al debilitarlos y saturarlos de angustia e impotencia. La economía, además, se ha transformado en un verdadero sistema de destrucción, condición oculta tras el deslumbramiento del desarrollo de la ciencia y la tecnología. Hemos edificado, pues, un mundo orgulloso y enfermo al mismo tiempo, desorientado y confuso, porque, alejado del espíritu de verdad, no sabe de dónde partir, hacia dónde ir. Vivimos, sin más, en la irrealidad, en el sueño -subrayó-; hoy día, la ciencia, la política, la historia, la organización del trabajo, la filosofía y la religión, solo transmiten *fuerza bruta* al pensamiento humano. Tal es nuestra civilización -escribió en *Echar raíces*- “un árbol que tiene, en fin, los frutos que se merece”.

INFRAHUMANOS Y TRANSFELICES

La civilización moderna presume, erróneamente también, de haber forjado un nuevo y espléndido ideal del ser humano, ajeno, paradójicamente, a la auténtica espiritualidad y al verdadero conocimiento; es decir, desarraigado del cielo y de la tierra. Un sórdido disparate que excluye, ni más ni menos, las cualidades propias de la inteligencia. Weil advirtió, en efecto, que el mundo contemporáneo es el verdugo de lo humano, puesto que la instauración de la idea de progreso y la intervención de la ciencia, la técnica, la educación, la economía, el Estado y la supremacía del derecho sobre las obligaciones, lleva implícita la destrucción de sus fundamentos a nivel espiritual, biológico e intelectual. Dan lugar, en suma, al perverso modelo de esclavitud que contempla la colaboración del esclavo asalariado con su propia opresión: un ser incapaz de distinguir dónde está el látigo y quién es el amo; demostración, sin duda, del nivel que ha alcanzado la devastación: “La fórmula de Marx, según la cual el régimen engendraría sus propios sepultureros -subrayó-, recibe todos los días crueles desmentidos”.

¿Cómo hemos conseguido llegar hasta aquí?, se preguntó.



Weil observó, asimismo, que los medios para la satisfacción de las necesidades convertidos en fines, actúan también como instrumentos orientados al hundimiento de lo humano. Entre ellos, el sistema político y los partidos que impiden el desarrollo de la verdadera democracia, la economía que se nutre de la explotación y la opresión de los trabajadores, la educación que rehuye la verdad y el conocimiento para favorecer la incorporación de las personas al mercado de trabajo y la religión, reducida a una convención, a un simple acuerdo sobre la existencia de Dios y su intervención en los asuntos terrenales. Allí donde los medios convertidos en fines son monopolios radicales -estatales o privados- pues, lo social ahoga al individuo y destruye el alma humana, cuya armonía exige la complementariedad de los contrarios entre lo individual y lo colectivo. “Nunca -escribió a su amigo el sacerdote J.M Perrin en mayo de 1942-, en toda la historia conocida, hubo una época en que las almas estuvieran tan en peligro como ahora en todo el globo terrestre”. Es el envilecimiento que surge de “rebajar el alma al nivel del miedo y el dinero, pues -escribió Weil-, lo que hay de horrible en la forma moderna de la opresión social”.

Una intrincada red de interrelaciones, en fin, donde coopera también, de forma decisiva, el conjunto de los singulares móviles infrahumanos que impulsan las acciones humanas en la vida moderna, citados antes: el dinero, el miedo y el prestigio -el orgullo y el ego-. Como afirmó Karl Polanyi, en el siglo XIX el destino de los seres humanos fue entregado al mercado, una institución económica protegida por las leyes y las instituciones del Estado

que aniquila la condición humana. La sociedad, pues, permanece ajena a los efectos que sobre el alma humana tiene un modelo productivo que se fundamenta en errores y suposiciones. No debería sorprendernos -observó también Polanyi en 1925- que, en apenas una generación, la población integrada en este sistema viera degradar su condición humana y sus valores.



Así pues, del mismo modo que el funcionamiento de la economía depende de la eficacia de los instrumentos de usura del sistema financiero, los pilares de la civilización contemporánea y *líquida*, solo pueden mantenerse en medio de un sostenido proceso de deshumanización que contempla todas las esferas de comportamiento a nivel individual y colectivo, de seres ahora mismo reducidos a datos para facilitar el cálculo de su utilidad.

La privación de la inteligencia, por tanto, nos ha llevado a admitir, sin el menor cuestionamiento, que el fin último de las organizaciones sociales modernas coincide, a su vez, con la mayor aspiración de la humanidad; es decir, alcanzar el máximo grado posible de felicidad: la promesa común de todas las ideologías, aunque difieran en el método. Es decir, en medio de la ausencia permanente de verdad y conocimiento en la que vivimos inmersos, privados de autonomía, presas del desarraigo, sujetos al miedo, al dinero y al orgullo y desprovistos de auténtica espiritualidad, hemos conseguido identificar, sin embargo, nuestra propia tragedia con la búsqueda incansable

de la felicidad. Para Weil, por tanto, lo humano estaba amenazado no solo de extinción, sino de no haber existido jamás.

Un individuo despojado de su condición humana, por lo demás, es un individuo insignificante, principalmente frente a la sociedad. Es decir, es una persona sometida y doblegada al poder conjunto de las instituciones del Estado y de la economía. Razonamiento que permitió a Weil medir la magnitud de la desdicha en la que nos encontramos, encubierta en todas partes, sin embargo, por una variedad de ilusiones y apariencias bajo la forma de desarrollo económico y progreso, falsas democracias, dictaduras burocráticas, reformas, revoluciones y otros delirios y errores difíciles de sostener, tal como ella acertadamente supuso.

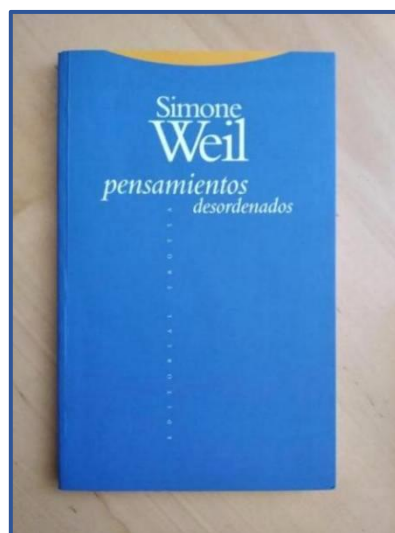
Modelado a imagen y semejanza de un mundo infrahumano, entonces, el individuo contemporáneo es presa fácil de la ineptitud, la indiferencia y la pasividad, comportamientos que conducen a justificar y a enaltecer aspiraciones mediocres y banales, reducidas la mayor parte a esperar todo de fuera, principalmente del Estado o de prodigios mesiánicos, incluyendo la intervención directa de Dios. Así, devastada nuestra capacidad de pensar, sometidos, subordinados, idólatras, pasivos, irresponsables, ignorantes, envilecidos y aferrados a doctrinas y dogmas que impiden percatarnos de la verdad, resulta imposible -afirmó Weil- representarnos un futuro libre de misterios, utopías, mitos, ídolos y monstruos.

En un mundo ideologizado, donde la propaganda ahoga en fanatismo el pensamiento de los individuos, es imposible el surgimiento de cualquier tipo de inspiración. Una persona desarraigada, en efecto, se comporta solo de dos maneras posibles -señaló Weil-: cae en un estado de letargo y parálisis o desarraiga, de forma agresiva, a quien lo está en menor grado; conductas complementarias, sin duda, pues la pasividad deja el campo libre a la violencia. Quien está desarraigado, desarraiga -concluyó-; quien está arraigado no desarraiga.

Nacemos y vivimos castigados, en la mentira; del mundo no vemos más que las sombras y las apariencias. Nacemos y vivimos en la pasividad; no nos movemos y las imágenes pasan ante nosotros como en el cine. No elegimos nada, no tenemos ninguna libertad y amamos, además, semejante ignominia -subrayó Weil-. Nacemos y vivimos, en fin, en la inconsciencia; no sabemos

que estamos sumergidos en la mentira y que somos pasivos. Los errores nos hacen creer que las sombras son reales; nos alojan, pues, en una caverna, recordando a Platón.

Junto a la degradación de nuestra inteligencia por la acción de la idolatría que nos impide acercarnos a la verdad sobrenatural, además -argumentó Weil-, la civilización moderna ha corrompido la *virtud del amor*, cuyos objetos más inmediatos identificó como las únicas cosas de este mundo donde puede ser percibida la presencia del Creador, aunque de manera velada. En el ensayo *Formas del amor implícito a Dios* (1942), además de las ceremonias religiosas y la *amistad pura*, Weil definió el amor al prójimo y a la belleza del mundo como maneras complementarias de amor indirecto a Dios. Ambas presentes en otras épocas, en expresiones y grados distintos, que han alcanzado, sin embargo, un elevado nivel de degradación en los últimos tiempos. Hoy día, en realidad, la facultad del amor en todas sus manifestaciones ha devenido, en el mejor de los casos, principalmente en sentimentalismo; degeneración, por lo demás, a la que tanto han contribuido, en conjunto, la ciencia, la idolatría, el cine, la educación y la tecnología.



Profunda degradación que constituye, sin duda, una significativa pérdida de lo humano, pues nuestra sensibilidad -como advirtió Weil- ha sido concebida para percibir no solo la desdicha, sino también la sublime y prodigiosa belleza del universo del que formamos parte, hasta ahora como los únicos y privilegiados seres dotados de inteligencia y espiritualidad. El

estoicismo griego, en realidad -puntualizó-, fue, junto a la obediencia y la humildad, casi exclusivamente amor a la belleza del mundo, *Amor Fati*.

2

El pensamiento se paraliza -observó Weil-, cuando se detiene la experiencia. Padecemos, por tanto, las innumerables consecuencias sociales y psicológicas que se derivan de la degradación generalizada de la civilización contemporánea. Hoy día, inclusive, el monopolio de la tecnología nos conduce a conectar nuestro propio aislamiento y hemos perdido, además, casi cualquier grado de sensatez y discernimiento sobre las ideas y la información. Por lo demás, pronto y voluntariamente nos confinaremos en la virtualidad del *Metaverso* y cederemos al dominio de la *inteligencia artificial*, en versión 5.0 de la utopía y el error del progreso.

Así pues, se degradarán cada vez más nuestras relaciones con el prójimo, con las cosas, con el espacio y el entorno y con las ideas -es decir, con la vida-, a cambio de aumentar, a gran velocidad, la cantidad de “experiencias” virtuales e inmersivas, entre avatares inmortales, desandando como fantasmas por ciudades y casas ficticias, o en bosques, playas y montañas simuladas. Es decir, incapaces de distinguir entre lo real y lo virtual, nos enfrentaremos irremediablemente a un escenario inédito en la historia humana, cuyos efectos negativos son por ahora imprevisibles. El límite al que nos ha llevado seguramente siglos de *servidumbre voluntaria*, al punto de aceptar que hemos sido tal vez demasiado humanos, incapaces de estar a la altura de objetivos artificialmente grandiosos, cuando se trata solo de alcanzar fines verdaderamente elevados. Admitir, pues, que hemos fracasado como especie y trascender nuestros límites, incluyendo los biológicos, hasta convertirnos en transhumanos y transfelices, la distopía del *Homo deus* que anunció hace pocos años, entre bombos y platillos, el historiador israelí Yuval Harari.

Un escenario general, sin duda, que supone -tal como pensó Weil el siglo pasado- la necesidad de investigar mecanismos alternativos de independencia y autonomía y establecer una “Nueva agenda de emancipación”, siguiendo la propuesta de Zygmunt Bauman a comienzos de

este siglo. Jamás el individuo ha estado tan completamente abandonado a una colectividad ciega y jamás los hombres han sido más incapaces, no solo de someter sus acciones a sus pensamientos, sino, incluso, de pensar -afirmó Weil-. Son evidentes la impotencia y la angustia de todos los seres humanos ante la máquina social, convertida en un instrumento de destrozamiento de los corazones para aplastar los espíritus, fabricar la inconsciencia, la necesidad, la corrupción, la debilidad y, sobre todo, el vértigo. La causa de este doloroso estado de cosas es muy clara -subrayó-: vivimos en un mundo donde nada es a la medida de Homo Sapiens. Hay una monstruosa desproporción entre el cuerpo humano, su espíritu y las cosas que constituyen actualmente los elementos de la vida. Todo está desequilibrado.

No hay categoría, grupo o clase de personas que escape del todo a este desequilibrio devastador, a excepción quizás de algunos islotes de vida primitiva -declaró Weil-. Los jóvenes que han crecido, que crecen aquí, en el interior de sí mismos reflejan, más que los demás, el caos que los rodea. Este desequilibrio es esencialmente una cuestión de cantidad -precisó-. La cantidad se transforma en cualidad y, en particular, una simple diferencia de cantidad basta para conducir del dominio de lo humano al de lo infrahumano. En concreto, ciertas unidades de medida están dadas y han permanecido hasta ahora invariables, por ejemplo: el cuerpo y la vida humana, el año, el día, la rapidez media del pensamiento.

La vida actual -enfaticó-, no está organizada a la medida de estas cosas; se ha trasladado a un orden de magnitudes completamente distinto, como si el individuo se esforzara en elevarla al nivel de las fuerzas de la naturaleza exterior, olvidando tomar en consideración su propia naturaleza. Si a esto se une que, aparentemente, el régimen económico ha agotado su capacidad de construcción y ha comenzado a no poder funcionar sino minando poco a poco sus bases materiales, se percibirá en toda su simplicidad la verdadera esencia de la miseria sin fondo que constituye la suerte de las actuales generaciones.

En apariencia -continuó-, casi todo se lleva a cabo metódicamente en nuestros días. La ciencia reina, el maquinismo invade poco a poco todo el ámbito del trabajo, las estadísticas adquieren una importancia creciente y, en una sexta parte del globo, el poder central intenta regular el conjunto de la vida social según sus planes. Pero, en realidad, el *espíritu metódico*

desaparece progresivamente, porque cada vez encuentra menos a que aferrarse. Todo está demasiado estrechamente ligado como para que el pensamiento pueda captar verdaderamente nociones parciales, y de todo lo que el individuo acabe siendo incapaz de dominar, se adueña la colectividad, el poder. La vida práctica adquiere progresivamente un carácter colectivo -reiteró-, y el individuo como tal es cada vez más insignificante. Así, la función social más esencialmente vinculada al individuo, la que consiste en coordinar, dirigir y decidir, sobrepasa las capacidades individuales y deviene, en cierta medida, colectiva y como anónima. En todos los ámbitos, el pensamiento, patrimonio del individuo, es subordinado a vastos mecanismos que cristalizan en la vida colectiva, hasta el punto de que casi se ha perdido el sentido de lo que es el verdadero pensamiento.

La verdad es que la esclavitud envilece al ser humano hasta hacerse amar por él -enfaticó-; la libertad solo es preciosa a los ojos de quienes la poseen. Un régimen totalmente infrahumano como el nuestro, lejos de forjar seres capaces de edificar una sociedad humana, modela a su imagen a todos aquellos que le están sometidos, tanto a los oprimidos como a los opresores. En todas partes, en diferente grado, se ha exterminado el sentido del trabajo bien hecho y el sentimiento de responsabilidad; se ha suscitado la pasividad, el abandono, la costumbre de esperar todo de fuera, la creencia en los milagros. El sentimiento dominante es ese miedo vertiginoso que produce siempre la pérdida del contacto con la realidad; allí donde las opiniones irracionales sustituyen a las ideas, la fuerza lo puede todo. En la actualidad, cualquier intento de embrutecer a los seres humanos, encuentra a su disposición poderosos medios; en cambio, hay algo imposible: difundir ampliamente ideas claras, razonamientos correctos, perspectivas razonables.

Weil propuso, en consecuencia, realizar un inventario que permitiera diferenciar aquellos elementos y relaciones que oprimen al individuo, de los que, en efecto, podrían conducir a su liberación.

II

UN NUEVO ESFUERZO DE INVENCION EL ORDEN QUE FORTALECE AL INDIVIDUO FRENTE A LA COLECTIVIDAD

El poema de la creación es perenne, pero pocos son los oídos que lo escuchan

Henry David Thoreau (1817-1862)

LIBERAR LOS ANHELOS Y REVALORIZAR EL TRABAJO MANUAL

Es necesario precisar todo aquello que está ausente, labor imprescindible para comenzar a reconstruir la vida social y comunitaria de acuerdo a los valores de una auténtica democracia, “esa que no conocemos”, en palabras de Weil. Reconocer la creciente indiferencia que padecemos hacia las cosas verdaderamente importantes, de tal modo que nuestros anhelos sean menos mediocres que cambiar una dictadura por un sistema ideológico de partidos. Se trata, en suma -subrayó Weil-, de *liberar nuestras aspiraciones* y reflexionar sobre el punto de partida de una civilización, no de un régimen político o económico. “Hay colectividades muertas -escribió-, que, sin devorar las almas, tampoco las alimentan. Si hay completa seguridad de que están muertas y que no se trata de un letargo pasajero, y solo en ese caso, hay que aniquilarlas”. Hacernos merecedores como especie, en fin, de habitar este hermoso planeta y abrir la puerta para dejar atrás el mundo moderno.

Preocupación fundamental suya, en consecuencia, fue precisar las fuentes de inspiración, los medios y los instrumentos para la transformación del orden social; definir qué clase de mundo podría sustentarlo. Así, planteó Weil la urgencia de resolver tres problemas de primer orden:

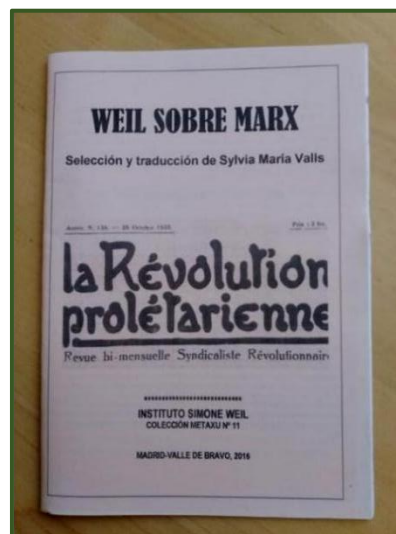
- 1) Comprender científicamente la espiritualidad como una condición de la inteligencia;
- 2) definir el ámbito de lo real; y
- 3) poner fin a la hostilidad entre ciencia y religión, en su consideración el mayor escándalo del pensamiento moderno.

Varias generaciones pueden pasar antes que la sociedad esté preparada para ese salto, y si tal tiempo llega -observó-, nuestro cerebro está preparado para hacer real la transformación de las ideas que inspiren la creación de verdaderas proezas en el conocimiento, el arte y en la organización de la vida comunitaria.

Weil, de hecho, pasó del problema de la mera transformación del régimen social -a partir de su crítica al marxismo y el análisis de la opresión en la sociedad industrial en sus primeros escritos-, al que planteaba la construcción del ideal de una nueva civilización, que llamó en principio *La sociedad libre* y del cual sería posible alcanzar una aproximación. Abolir la opresión y alcanzar la libertad, transformando no solo las condiciones materiales de la existencia humana, también -y sobre todo- provocando un cambio en la concepción misma del trabajo propia del mundo industrializado. Es decir, una transformación que exigiría, sin duda, el análisis crítico del *modo de producción* para comprender los cambios que deberían ser realizados, mucho más allá del régimen de propiedad. Explorar primero la cuestión del trabajo en relación con la reorganización misma del sistema de producción, para orientarlo fundamentalmente a garantizar la satisfacción de las necesidades de los seres humanos.

Investigar la posibilidad de concebir una organización del sistema productivo que prescindiera de la opresión, sería, además, una tarea en la que solo es posible avanzar si se concibe una sociedad que fortalezca al individuo frente a la colectividad. El individuo dejaría de estar pasivamente subordinado

y actuaría *sobre* la sociedad, ejerciendo su pensamiento y su acción, porque, al depender a cada instante del conjunto, lo único propio que posee es la facultad de pensar: “Las colectividades no piensan en absoluto”, escribió Weil. En una *sociedad libre*, entonces, la vida colectiva se concibe sometida a los individuos; exigiría, por tanto, una forma de existencia material en la que interviniera el pensamiento individual, en sustitución de la imposición y de la fuerza, a la que denominó *el Modo de producción libre (MPL)*.



La nueva organización implicaría, en general, que cada trabajador coordinara sus esfuerzos con el de los demás miembros del grupo laboral, adquiriendo pleno conocimiento de todas las especialidades y etapas del proceso productivo. Desaparecerían, por tanto, los privilegios que engendra la separación entre coordinación y ejecución de las tareas; así, la función de coordinar perdería su poder, dado que la *democratización del trabajo* suprimiría las decisiones arbitrarias. En la esfera material, por tanto, la *libertad* sustituye a la *opresión*: el MPL representa, en efecto, un ideal al que Weil otorgó significado como punto de partida para la investigación de formas sociales reales; un nuevo método de análisis social que parte de las relaciones de producción y no toma en cuenta el desarrollo de las fuerzas productivas, sino las relaciones entre el pensamiento y la acción, siendo preciso, además, sustituir la noción de *progreso* por una nueva escala de valores. El *bien supremo* es la libertad, el “producto del pensamiento humano”

que otorga al individuo todas las posibilidades de construir sus propias circunstancias para la vida y la existencia social.

Weil distinguió, asimismo, tres formas en las que el individuo podría efectivamente intervenir en la vida social: elaborando especulaciones teóricas, ejecutando las tareas y ejerciendo el mando y la dirección. Sería necesario, entonces, elaborar un mapa que permitiese reconocer y determinar las zonas que precisan la influencia del pensamiento del individuo sobre la colectividad. Así, una sociedad que se aproxima al ideal de la libertad sería aquella precisamente donde el individuo tuviera mayores oportunidades de ejercer su pensamiento al actuar, control sobre la vida colectiva y autonomía respecto a ella.

Habría que construir, pues, una primera representación, un ideal de la nueva civilización alejado de la religión de la economía y de la producción; un orden, sin más -propuso-, donde el trabajo manual fuese el núcleo de la actividad económica, considerado un *valor supremo*, no por su productividad, sino como una actividad vital del individuo que vive y depende de la sociedad. No sería objeto solo de honores y recompensas monetarias, sino estimado como una necesidad del ser humano que da sentido a su propia existencia. La nueva civilización, en fin, revaloraría el trabajo manual, posicionándolo en el centro mismo de la cultura y núcleo de la actividad económica. Los individuos podrían construir pequeñas colectividades de trabajadores, con la *cooperación* como ley, donde cada uno estaría en relación con el interés general. Otorgar al trabajo tal condición sería, sin duda, una *conquista revolucionaria* -escribió Weil-, un punto de partida para construir una civilización alternativa. Insistió, no obstante, en que su planteamiento era utópico e idealista, aun cuando revisar la condición del trabajo y su relación con la libertad, la justicia y la igualdad, significaba “la única conquista espiritual del pensamiento humano desde la civilización griega”. El trabajo considerado un medio capaz de liberar a los individuos y a la sociedad.

EL INTERÉS APASIONADO POR LA HUMANIDAD

En “El arraigo” -último capítulo de *Echar raíces*-, Weil examinó específicamente la problemática que representa la transición de una civilización fundamentada en el error, hacia otra que pudiera contener la mayor cantidad posible de bien (verdad, justicia, equilibrio y libertad). Pretendía, sobre todo, responder a las trágicas circunstancias que atravesaba Francia, ocupada por los nazis durante la Segunda Guerra Mundial. Advirtió, de hecho, que la devastación europea constituía, sin duda, una coyuntura histórica que podría determinar el *punto de partida* hacia una nueva civilización tras la derrota de Hitler, donde la contribución francesa consiguiera ser útil para iluminar el mundo.

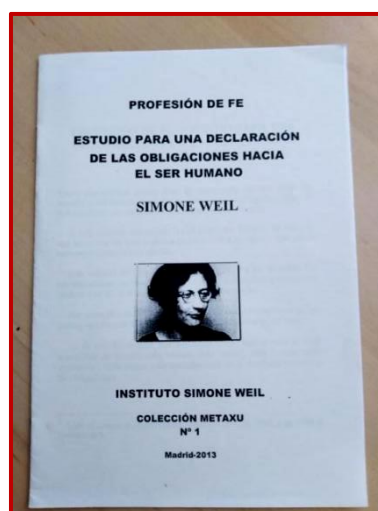
Weil, en efecto, confiaba en nuestro libre albedrío para asumir la obligación, cada vez más urgente, de reorientar hacia el equilibrio la vida en comunidad, edificando un orden social a la medida de nuestra inteligencia y nuestra espiritualidad. Su *profesión de fe* en el privilegio de la libertad que nos ha sido concedida como especie y que señala, precisamente, la distancia exacta que nos separa de Dios, al que ella consideraba ausente, siguiendo antiguas tradiciones religiosas y espirituales. No obstante, el comportamiento individual mayoritario frente a los grandes problemas del mundo contemporáneo, está guiado permanentemente por el predominio de motivaciones primitivas y perniciosas como el orgullo, el miedo, la avaricia y el dinero, la aversión al prójimo, la pasividad, la indiferencia y la dependencia, entre otras; muestra la forma como nos vaciamos irresponsablemente y con prisa de lo humano. Hoy día, por ejemplo, el llamado *Transhumanismo* pretende anular, con la aprobación de la ciencia y del mundo académico, cualquier indicio de *libre albedrío* en el *Homo Sapiens*, degradado a la categoría de *algoritmo* en medio del avance de un poshumanismo perverso, indiferente a la verdad, la belleza, al orden, al equilibrio, a la justicia, al pasado y al porvenir.

Persistimos, efectivamente, en elegir a toda costa la opción de la *servidumbre voluntaria*, ese enigmático error que intriga y asombra al mismo tiempo desde hace siglos. La verdadera magnitud, tal vez, del mal en el mundo -la necesidad, la opresión, la injusticia, el desarraigo, el desequilibrio y

la desdicha-, del enorme sacrificio impuesto al *Homo Sapiens* a cambio de aceptar continuas y falsas promesas de felicidad y de utopía. Servidumbre como objeto de deseo que se traduce, desde luego, en la degradación de nuestra propia existencia; vale decir, en la ruina de todas las experiencias que supone el empobrecimiento de las relaciones con nuestros semejantes, con los lugares donde habitamos, con las cosas que utilizamos y con el conocimiento y las ideas a nuestra disposición.

El arduo problema que Simone Weil propuso resolver en la noción de las *Necesidades terrenales del cuerpo y del alma*, cuya satisfacción implica, precisamente, la calidad inobjetable de nuestras relaciones vitales. Para ella resultaba urgente, efectivamente, restablecer la confianza en las capacidades humanas y orientarlas hacia la construcción de una civilización que subordina la sumisión, de un orden próximo a la verdad, la belleza y la justicia. Desde esta perspectiva su obra es, en suma, un compendio de su interés apasionado por la humanidad, ante la exigencia de confinar el mal en todas sus formas; es decir, limitar la carencia, la estupidez, la barbarie, la fuerza y el desarraigo.

¿Qué impedía a sus contemporáneos -sin embargo, se preguntó Weil- comprender sus propuestas, además del esfuerzo y la atención requeridos?. Con gran probabilidad, es posible que aludiera a dos de los rasgos que caracterizan nuestra existencia en la vida moderna: ignorar la experiencia histórica que constituye el pasado y aceptar, asimismo, la distorsión del conocimiento que creemos tener sobre la realidad.



Sería legítimo, entonces, preguntarnos sobre nuestras propias posibilidades de llegar a contar, al menos en parte, con esas referencias, puesto que ahora nos encontramos en disposición de dar testimonio real de los errores y el fracaso de las formas de organización social sustentadas en las ideologías del progreso económico. Nuestra principal obligación pues, sigue siendo la misma que Weil reconoció mientras la guerra, el crimen, la fuerza y el desarraigo devastaban el continente europeo el siglo pasado. Es decir -escribió-, arrancar las raíces que mantienen a esta *civilización regresiva* en la que vivimos sumida en las tinieblas, cegada por la idolatría, abatida por la larga sombra de todos los imperios de bandidos que han atormentado el planeta y por el sufrimiento que separa a los contrarios. Hay que suprimir, en fin -subrayó-, todo aquello que impide el reflejo en la vida social de la verdad, la belleza, la espiritualidad y la justicia, comenzando por la idea de *progreso*, un veneno convertido en *fin supremo*.

LIMITAR EL USO DE LA FUERZA

Siguiendo el pensamiento griego más elevado en referencia a Pitágoras, Sócrates y Platón en torno al ser humano y el universo, Weil consideró también un punto de partida para reflexionar sobre una nueva civilización la noción de *Fuerza*, el uso de la fuerza y la necesidad de castigar su exceso y arbitrariedad, de limitarla: el concepto griego de *Némesis*, desaparecido hoy día del lenguaje y del pensamiento en todo el mundo. “Esa sanción de rigor geométrico -escribió en *La Ilíada o el poema de la fuerza*, en 1940-, que castiga automáticamente el abuso de la fuerza (...); los principios de límite, medida y equilibrio, que deberían determinar el comportamiento de la vida, tienen apenas un uso instrumental en la técnica. Somos solo geómetras frente a la materia, los griegos fueron sobre todo geómetras en el aprendizaje de las virtudes”.

Precisó así la notable diferenciación entre las sociedades según los modos de usar la fuerza y el nivel de su valoración, como en los casos del Imperio Romano, la Alemania nazi o en Grecia Antigua. En todo lo que es social hay fuerza y solo el equilibrio la nulifica, escribió en los *Cuadernos*.

Observó asimismo que la fuerza, además de su expresión constante en la guerra, es también un factor determinante en el mundo moderno encubierto principalmente en forma de *prestigio*, el valor social supremo ligado a sus instituciones y la máxima aspiración de los individuos. Según Weil, en realidad, vivimos devorados por el apego al prestigio; es decir, por el afán de una ilusión, de una sombra, de una mentira que asegura la presencia de la fuerza en todos los ámbitos de la existencia social.

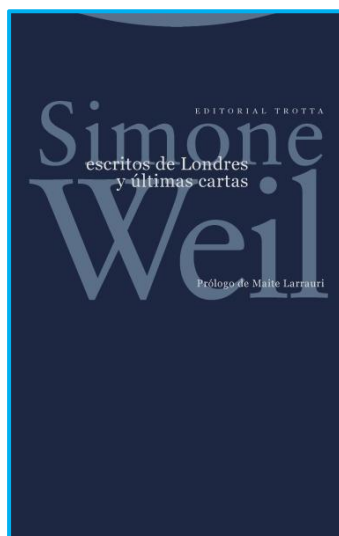


2

En 1933 escribió un artículo titulado “Reflexiones sobre la guerra”, publicado en la revista *La critique sociale*. Consideró allí que la guerra era precisamente la tumba de la revolución, en referencia a la revolución francesa y la rusa, donde se había pasado respectivamente de Robespierre a Napoleón y de Lenin a Stalin. Argumentó que Lenin había abandonado sus doctrinas democráticas, para establecer en su lugar el despotismo estatal centralizado y fue, de hecho, el precursor de Stalin, convirtiéndose en el ídolo de una nueva religión que rinde culto al Estado; la revolución rusa, además, había hecho de la guerra en un problema central. Una verdadera revolución, al contrario, debe evitar la guerra, por mínima que resulte esa posibilidad; es decir, limitar al extremo el uso de la fuerza.



Le interesaba, en efecto, sacar a la luz la verdad de la guerra, la verdad que el uso de la fuerza oculta. En los *Escritos de Londres* expresó que desde 1914, en efecto, la guerra nunca se había apartado de su pensamiento. Mantuvo en algunos momentos, de hecho, posiciones pacifistas, dando un giro a partir de su propia experiencia en la guerra de España, en agosto de 1936 mientras formaba parte de las milicias anarquistas de la Columna Durruti en el frente de Aragón. Allí comprendió que la barbarie, cuando se dan las condiciones propicias, es una tendencia inseparable de la condición humana.



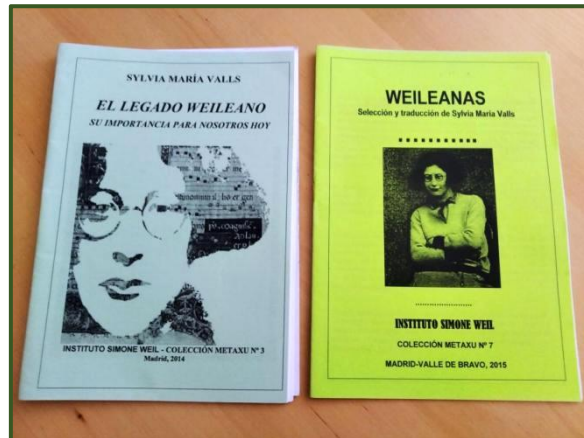
Razonable era, entonces, reconocer la fuerza y tomar la resolución de resistirse a ella con la acción, no con el pacifismo; rechazarla con repugnancia y desprecio, tal como fue posteriormente su posición frente al nazismo. El pacifismo -escribió-, aunque se afirme como actitud moral, no es acertado como *praxis* ante la barbarie y el prestigio de la fuerza, que resumen la verdad de la guerra; en un mundo nuevo, por tanto, la fuerza pierde su prestigio. Frente al error del pacifismo propuso, entonces, la posibilidad de una valentía

ajena a la voluntad de matar, inspirada en el desprecio de la fuerza; no perpetuar su contagio, como había visto en España, sino interrumpirlo; no admirar nunca la fuerza, ni odiar a los enemigos y humillar a los desdichados. No obstante, es dudoso -advirtió-, que esto suceda pronto en este mundo: es un ideal a construir, un nuevo esfuerzo de invención, un punto de partida para la nueva civilización.

LA INSPIRACIÓN ES ESPERA, DARÁ FRUTOS EN LA ESPERA

Para Weil, un nuevo orden social exigiría, por otra parte, la acción de un método que promueva la inspiración individual y colectiva; es decir, que permita encontrar una inspiración ajena al misterio, expresada en primer lugar de forma verbal para ser convertida luego en acción. Un problema totalmente nuevo -subrayó-, cuyo enfoque reclama sobre todo la recuperación de nuestra inteligencia, incluyendo la labor de tender *metaxus* -adverbio griego que significa *puente*-, entre el pensamiento moderno y la sabiduría antigua: “Si se quisiera emprenderlo -escribió en *Echar raíces*-, el camino del pensamiento moderno a la sabiduría antigua sería corto y directo”.

A la luz de su reflexión sobre la vida social occitana en el siglo XIII en el sur de Francia -un orden que fue destruido justamente por la fuerza y el fortalecimiento del poder de la Iglesia y del Estado-, Weil advirtió el júbilo de la vida convivencial, al que denominó *felicidad natural*, basada en la obediencia voluntaria a jerarquías legítimas y en la satisfacción de las *necesidades terrenales del cuerpo y del alma*. El bien que proviene de la justicia, de la verdad y de la belleza, ajeno a la utopía, donde la necesidad deja de ser el amo, el enemigo -el *Sumak Kawsay, el Buen Vivir*, en la cosmovisión ancestral andina, o la *Tierra sin mal* del pueblo guaraní, que designaban un estado de equilibrio, de templanza social-. Como reitera en sus escritos Sylvia Valls, fundadora en 1986 del Instituto Simone Weil en Valle de Bravo, México, nuestra especie es la única que se gobierna con jerarquías ilegítimas.



Un espacio colectivo que encuentra su justo equilibrio en la estrategia que consiste en juntar los contrarios -libertad y obediencia consentida, castigo y honor, soledad y vida social, trabajo individual y colectivo, propiedad común y privada, entre otros-, para sustentar así el arraigo de las personas en el territorio, en la cultura y la comunidad. Es decir, regresar a la *complementariedad comunitaria*, donde lo individual emerge en equilibrio con la colectividad; a la vida en armonía con los ciclos de la naturaleza y el cosmos; a la autosuficiencia, a la paz y a la reciprocidad entre lo sagrado y lo terrenal. Preocupaciones, por lo demás, universalmente conocidas en la Antigüedad, si bien dejaron de percibirse por completo a partir de la segunda mitad del Renacimiento europeo, como precisó Weil. Una corriente de espiritualidad, de hecho, que recorrió hace siglos gran parte del mundo, expresada en diferentes versiones: la manifestación del pensamiento común de los que piensan por separado -subrayó-, según el ideal pitagórico de la amistad. Trescientos años más tarde, en pleno auge del capitalismo industrial en el siglo XIX, ya “el nivel de las inteligencias había caído muy por debajo del ámbito en el que se plantean semejantes cuestiones”, escribió.

El orden del universo es, pues, aquello que principalmente debe inspirar el orden aquí en la tierra, tal como lo comprendieron los antiguos. Hoy día, de hecho, reina la propaganda que es justo lo contrario a la inspiración, puesto que si ésta es auténtica -es decir, una verdadera luz, un alto grado de conciencia, advirtió Weil-, eleva el nivel de la atención dirigida a ordenar la realidad, a construir un *mundo bien hecho*, orientado al mejoramiento y el arraigo de los pueblos. Sin una auténtica inspiración -suficiente para suscitar

la necesaria atención-, además, resulta imposible recuperar el *espíritu de verdad*.

A su juicio, entonces, nos encontramos frente al gran obstáculo que constituye la desaparición de las fuentes de inspiración de los pueblos, sustituidas por el veneno de las ideologías y de la propaganda, cuyos procedimientos, por lo demás, impiden el surgimiento de cualquier modo de inspiración verdadera, porque inundan el alma de separación, conflicto, fantasía, mentira y fanatismo. Sin la influencia del orden sobrenatural, en efecto, en el pasado los pueblos no habrían sido capaces de producir lo que Weil denominó *auténtica grandeza* en el arte, la ciencia, el pensamiento y en la vida social en general. Hoy día, en esos mismos dominios, persiste lo contrario: la *falsa grandeza* que amenaza la esperanza de la humanidad.

2

Si la virtud de las leyes que ordenan el universo está ausente en la organización social, todo obedecerá a normas ciegas relacionadas con la fuerza y el poder. La *Creación, de hecho* -a la que Weil denominó *la eterna sabiduría* por *virtud del amor*, una idea que había embriagado auténticamente a los antiguos-, constituyó en el pasado una fuente de inspiración de la humanidad en todas partes. La verdad traducida a diferentes sistemas de símbolos para expresar los principios del orden universal a tomar en cuenta, cuyo legado ha desaparecido casi por completo, a excepción de los tesoros del *pasado vivo* que aún sobreviven en el mundo. Motivo de inspiración justamente solo al ser interpretada la *Creación* como un *acto de abdicación*.

La *Creación* -sostuvo Weil-, es *Descreación, una idea proveniente de antiguas tradiciones*: "el reino del que Dios se ha retirado". Es *gravedad y gracia*, generosidad y renuncia. No el mejor mundo posible, sino aquel que contiene por igual todos los grados de bien -la fuente de lo sagrado- y del mal; de luz y de desdicha. El tiempo, el espacio, el movimiento eterno de la materia, expresan esa separación y muestran, además, que el principio que organiza la *Creación* es la conformidad: la total obediencia del universo a Dios, afirmó Weil. El orden del cosmos es un modelo perfecto, por su perfecta obediencia al Creador; conformidad que se refleja precisamente en la belleza del mundo,

a la que, sin embargo, hemos dejado de prestar atención, cometiendo así un *crimen de ingratitud* que bien merece el castigo de la desdicha -afirmó-.

La materia es bella -sostuvo- cuando obedece no a los hombres, sino a Dios. La belleza que proviene, pues, de aquello que los estoicos llamaron *logos*, cuyo significado original era *relación, proporción*; es decir, la mediación entre Dios y su obra, la armonía que surge de la unión complementaria de los opuestos. El amor al orden del mundo de los estoicos, la virtud del *Amor Fati* que ocupó ciertamente un lugar muy importante en el pensamiento antiguo, impregnando la vida humana de “maravillosa poesía”. El universo equivale así a una *patria*, porque es hermoso y puede ser amado, es nuestra patria en esta vida, subrayó Weil. Una virtud que supone, además -reiteró-, el amor a todas aquellas cosas hermosas susceptibles de ser destruidas, entre las cuales destacan las obras auténticas de la ciencia y del arte, incluyendo las antiguas ciudades que reflejan de algún modo la armonía de la Creación. Una virtud, además, ausente en general en el pensamiento moderno -una “terrible laguna”-, a tal punto que casi hemos perdido enteramente nuestra sensibilidad a la belleza, a causa del desequilibrio en el que vivimos.

La *Descreación* es, en efecto, una idea adversa a la idolatría. Para Weil, las religiones que han concebido esa renuncia constituían la verdadera religión, la traducción a lenguas distintas de la *gran revelación*. Las religiones que presentan a la Divinidad ejerciendo su dominio allí donde puede hacerlo, son falsas -afirmó-; aún cuando sean monoteístas, son idólatras: la verdadera religión es ausencia de Dios. El espectáculo de este mundo es aún una prueba más segura de esa ausencia, porque el bien puro no se encuentra aquí en ninguna parte, advirtió.

El pensamiento estoico -siglos III y II a.C.-, en efecto, había dominado el mundo antiguo hasta el lejano Oriente, cuando floreció la idea de que el universo era solo obediencia perfecta. Para los griegos, por ejemplo, extasiados al encontrar en la ciencia la maravillosa confirmación de esa obediencia, el *círculo* representaba el movimiento en el que nada cambia; y en la India la palabra “equilibrio” era sinónimo del “orden del mundo” y de “justicia”, reconoció Weil. Como seres inteligentes tenemos, entonces, la

opción de aceptar o no la verdad de esta obediencia, aun cuando -observó- es posible aprender a sentirla en todas sus manifestaciones.

La sociedad contemporánea, desde luego -reiteró-, ignora la distancia a la que nos encontramos de Dios, cuya medida es precisamente nuestro libre albedrío: un verdadero bien, una ausencia que debe ser amada y que constituye, a la vez, precisamente un puente, un *metaxu*, entre el mundo moderno y la Antigüedad. La inspiración, pues, distingue en la *Descreación* el principio que nos permite reconocernos como co-creadores; es decir, como seres que pueden disponer del don de la libertad para hacer que, lo que está aquí abajo, se parezca a lo que está allí arriba. ¿De dónde podría surgir, pues, un *Renacimiento* capaz de transformar el mundo moderno?, se preguntó Weil. El equilibrio y la armonía pueden venir solo del pasado, de sus fuentes de inspiración, siempre que lo amemos -indicó-. El ideal de una civilización cuya inspiración hay que buscarla solo en la verdad de todo aquello que escapa precisamente a nuestra atención, que permanece oculto, que ignoramos: “No en el futuro -advirtió-, porque su proyección es tan mediocre como nuestros propios pensamientos han conseguido llegar a ser”.

Sin la inspiración en la belleza del mundo, en fin, Weil dedujo que la humanidad continuaría completamente extraviada, dado que el *Amor Fati* es la única virtud que podría encauzar la práctica de la auténtica justicia y aproximarnos a la verdadera espiritualidad, en lugar de permanecer hundidos en el error y la idolatría. De este modo, entonces, consideró que la vida cotidiana -individual y social- tendría que convertirse en una *parábola*; es decir, en un relato con un profundo significado espiritual. Por tanto, solo el pensamiento antiguo podría hacer fluir la *savia de la vida* en todos los lugares del planeta. El futuro está vacío -aseguró- y para construirlo no hay otra energía que aquella que proviene de los tesoros del pasado: “La inspiración es espera -sostuvo-. Dará frutos en la espera”.

LA RECONCILIACIÓN ENTRE LO SAGRADO Y LO PROFANO

La ciencia, en vez de reflexionar sobre una nueva civilización que corrija los graves errores de la modernidad, se plantea la mudanza a otros planetas, porque seguimos siendo si acaso geómetras frente a la materia. Como advirtió

Weil, se trata de alejar el pensamiento de los desaciertos que imponen las ideologías y derrumbar el muro que impide acercarnos al auténtico conocimiento, a las certezas y definir así lo real. Sin ello, toda acción -o indignación-, individual o colectiva, resulta estéril, ineficaz e inútil, con independencia de los propósitos, la energía disponible o la sangre que se derrame. Construir una nueva civilización exige, sobre todo, conocimiento y verdad. Lo humano solo puede asentarse en la verdad -escribió Weil-, igual que lo no humano se fundamenta en el error.

Cuando Weil planteó la obligación de enfrentar el gran escándalo de la separación entre ciencia y religión, hay que entender que hacía referencia a la auténtica ciencia -la verdad- y a la auténtica espiritualidad, no a la idolatría. De hecho, la realidad sobrenatural -el orden eterno del universo- iluminó intensamente su pensamiento, admitiendo inclusive en una carta dirigida a Joe Bousquet en 1938 que una rigurosa concepción cristiana había guiado su vocación de buscar la verdad en relación con los problemas de este mundo. Aludía, en fin, a la urgente necesidad de reconciliación entre lo sagrado y lo terrenal, entre la espiritualidad y la vida social. Reconciliación que pondría fin a las falsas alternativas, a las quimeras, a las utopías y distopías fundamentadas en el error -*a los caminos lejanos y ciegos*, como escribió nuestra Wislawa Szymborska (1923-2012)-, permitiendo a la humanidad recobrar la antigua vocación de amar el orden del mundo, la obediencia al orden eterno del universo. No obstante, emprender la construcción de una nueva civilización sería, a su juicio, una travesía imposible de definir y completamente desconocida, porque entraña el regreso a la verdad, la travesía hacia la verdad: la solución anhelada frente al peligro en que se encuentra el alma humana hoy, en medio del avance del nuevo *error poshumanista*.

En el orden universal -subrayó Weil-, solamente aquello que limita y encierra un número se puede conocer: es la verdad; lo ilimitado, lo sobrenatural, no se puede conocer. La armonía de los contrarios -los opuestos que tienen la máxima distancia entre sí y la máxima unidad al mismo tiempo-, la mezcla entre lo sobrenatural y lo que tiene límite, entre lo que se puede conocer y lo que no se puede es, entonces, la fuente de la verdad y de la belleza del mundo, el orden al que hay que aprender a aceptar y obedecer

mediante atención intelectual. Libre obediencia que puede transformarse en virtud -sostuvo Weil-, a través de la práctica de una atención superior que nos permita reconocer, precisamente, que el universo no es solo un objeto de conocimiento: es también belleza susceptible de despertar el amor. A la luz de la certeza de que solo hay verdades y errores, correspondería sobre todo a la ciencia, entonces, la obligación de *inspirar* obediencia voluntaria al orden del universo, en sustitución de su obediencia degradada a los intereses del poder, el prestigio y el dinero.

El orden del mundo es sagrado precisamente porque es ajeno al error y a la falsedad, no admite nada contrario a la verdad. Su propósito, su vocación, es la belleza y amarla, por tanto, es una forma de amar la verdad: el complemento del amor al prójimo, que es amor a la justicia. Para Weil, en fin, la belleza del mundo representaba la imagen del “renunciamiento creador” de Dios: la única prueba de su existencia, aunque ninguna facultad que no sea el amor puede llegar a reconocer al Creador.

Así, un cambio de civilización -entendido, desde luego, como una transformación que no puede consumarse en un período predeterminado- reclama, sobre todo, recuperar la verdad -la energía de la verdad-, mediante la atención indispensable que Weil comparó con aquella que demanda la composición en planos diversos: la ley de la creación artística y la fuente de su dificultad. Es decir, una transición construida sobre las bases que constituyen en conjunto la auténtica grandeza, la verdad científica y el sentimiento religioso como conciencia de lo sagrado, de tal forma que la luz del orden eterno del universo irradie en todos los ámbitos de la vida terrenal y profana.

2

Distinguir la auténtica grandeza de la falsa significaba para Weil, en realidad, no solo recuperar el *espíritu de verdad*, también encontrar una fuente de inspiración genuina. Resulta imprescindible, entonces, transformar el sentido, la concepción dominante en todas partes de la grandeza. Propuso, por tanto, el *pacto* -primero en cada uno de nosotros- de comenzar a admirar en la Historia solo aquellas acciones y las vidas donde fuese posible percibir el *espíritu de verdad*, de justicia y de amor, teniendo en cuenta que es la *fuerza*

la que obliga a admirar lo contrario; el acuerdo, en fin, de honrar y glorificar la parte muda, anónima, oculta de la Historia. Aprender a reconocer desde luego que, aunque las acciones humanas están colmadas de bajeza y de crueldades, en ellas brillan, sin embargo, destellos de bien y de justicia en algunos momentos, como signos de esa grandeza real que permanece encubierta y callada.

Si el bien no fuese capaz de producir verdadera grandeza en el arte, la ciencia, la reflexión teórica y la acción pública o si toda obra humana fuese despreciable, no habría ninguna esperanza para la vida profana. No es así -afirmó- y por eso hay que distinguir la grandeza real de la falsa; sin esta diferenciación, seguiremos perdidos.

La verdad, la belleza y la justicia son una misma cosa: son el bien. Por tanto, es la esperanza que el orden del mundo -el amor al orden del mundo- puede dar a la humanidad. El retorno del bien, aún con sus limitaciones, conseguirá la reconciliación final entre ciencia y religión y mostrará, además, toda la verdad interesadamente silenciada sobre el trabajo físico: su significado espiritual como la forma más perfecta -junto a la muerte- de la obediencia humana al orden universal. Un nuevo mundo inspirado en el ideal cristiano depurado de su "mancha romana" y, seguramente, en el de otras antiguas cosmovisiones que comparten la misma vocación ancestral de crear una civilización próxima al bien, superando el profundo malestar de la inteligencia que se deriva de la imperiosa necesidad de subordinarla al amor.

Subordinación que supone, desde luego, como en determinados momentos de la Antigüedad, la traducción del pensamiento en acción virtuosa que reivindique la certeza de la integridad de nuestra especie, atenuando la desdicha y el mal que provienen de la injusticia. Se trata, en fin, de orientar la inteligencia al bien, teniendo en cuenta que aquí, en la Tierra, en ausencia de Dios, solo es posible el bien que es limitado, el que se agota, cuya matriz es el amor, pues solamente mediante la justicia y la verdad es posible limitar el mal. Las cadenas caen -escribió Weil-, si nos damos cuenta que la irrealidad -ese arsenal de errores y de mentiras que anida en la parte mediocre del alma- de la caverna donde reinan las sombras no es todo, que hay algo mejor y que es preciso buscarlo. Imaginar un tiempo de proporción -la medida del equilibrio y

la armonía-; de correspondencia, en fin, entre la dimensión real del ser humano y su ámbito social.

Es imprescindible, en general, enmendar la degradación de la inteligencia y recuperar el ámbito donde se plantean grandes cuestiones; derrotar el dominio de las ideologías, de la propaganda, de la idolatría y de la falsa grandeza, cuyos contenidos usurpan el lugar de la verdad. Sin la luz de lo sobrenatural, el mundo es irreal y el futuro, al contrario, debe estar arraigado en lo real. En una civilización cegada por la idolatría, la propaganda, el falso conocimiento ajeno al *espíritu de verdad*, la avaricia y las ideologías, hemos olvidado que el principal propósito de la *maravillosa ingeniería* del cerebro humano es garantizar la supervivencia de la especie en las mejores condiciones posibles. Es decir, en un mundo donde predomine la obligación universal de limitar todas las manifestaciones del mal -la guerra, el desarraigo, la opresión, el “dolor que separa a los contrarios”, la fuerza y la desdicha-. Una obligación que reclama auténtica espiritualidad y, en consecuencia, libre albedrío, cuya precisión y claridad espera también ser rigurosamente explorada por todos los campos del conocimiento, incluyendo el arte, la religión, la historia, la filosofía, la ciencia, la economía y la política.

ESPIRITUALIDAD Y ORDEN SOCIAL

Al hablar de conocimiento, Weil se refería también a la facultad humana cuyo atributo es la espiritualidad: la condición de la inteligencia que constituye la diferencia infinitamente pequeña entre el comportamiento humano y el comportamiento animal. Una gran advertencia, sin duda, para enfrentar el dominio de los nuevos y peligrosos errores que intenta imponer el poshumanismo. Sin la intervención de la espiritualidad, todo es, ciertamente -afirmó Weil-, infrahumano y mísero, en el individuo y en la sociedad. Es la conciencia de la verdad sobrenatural -del orden del universo que es la unión complementaria de los opuestos-, fuente de todo el bien que puede existir en este mundo; es decir, de la belleza, la verdad, la justicia, la legitimidad y la subordinación de la vida a las obligaciones, cualidad para la que reclamó la definición rigurosa de un concepto científico. Una apremiante necesidad puesto que la verdadera espiritualidad ha sido reemplazada por la idolatría,

que es justo su contrario; es decir, por el culto a las instituciones, al líder, al dinero y a las ideologías siempre próximas a la mentira y el error.

La auténtica espiritualidad, pues, solo es inherente a la verdad, al verdadero conocimiento; sin embargo, en el mundo moderno reina la falsa espiritualidad vinculada al error. Algo siempre difícil de precisar, sin embargo, que en Weil es la fuente de luz, aquello que debería guiar nuestra conducta social. Solo a partir de la influencia de esta ínfima diferencia que nos separa de las demás especies es posible limitar el mal. La misma influencia, pues, que debemos explorar en la experiencia del pasado: en el medioevo cristiano -señaló Weil-, pero también en todas aquellas civilizaciones donde lo espiritual ha ocupado un lugar central y hacia donde toda la vida social se orientaba. Precisar sus manifestaciones concretas, sus *metaxu*; es decir, los bienes y realidades temporales que satisfacen las necesidades terrenales, no impiden el desarrollo del alma e imprimen júbilo a la vida social.

Si los fines usurpan el lugar de los medios favoreciendo la carencia, el desarraigo, la injusticia, el error y la necesidad, limitada su satisfacción al derecho y la reivindicación -tal como sucede cada día en el mundo contemporáneo-, no tenemos otro deber, otra obligación hacia la sociedad, que tratar de limitar el mal: la obligación de crear medios, a través de lo que Weil denominó lo auténticamente espiritual. Crear un orden que conviene exactamente a la medida de nuestra desdicha y de nuestra grandeza, donde se mezclan la uniformidad y la variedad y que se refleja, en cierto modo, en todo aquello que es bueno y bello. Es obligatorio, pues, crear el vínculo, el puente, que une a los contrarios, el medio que vence la separación, considerando que el más bello -señaló Weil- es aquel que permite lograr el mayor grado posible de unidad, de armonía, de acuerdo entre las cosas que son discordantes, diferentes, de distinta naturaleza y rango. Es decir, aquel que las hace idénticas, que construye lo que denominó *igualdad natural*, en oposición a la igualdad ficticia, irreal, que compete solo al derecho y ampara la división y la dualidad.

El objeto de la búsqueda no debe ser lo sobrenatural -precisó-, sino este mundo; lo sobrenatural es la luz: si hacemos de ello un objeto, lo menoscabamos. Solo a través de lo espiritual, entonces, puede impedir el ser humano que la sociedad lo aniquile; sin ello, suceda lo que suceda -subrayó

Weil-, lo social continuará ahogando al individuo. Solo a través de los espiritual se puede otorgar calidad a la vida social, darle valor y sentido. La espiritualidad es el bien, así como la necesidad es el mal; por tanto, debe orientar la conducta humana e impregnar de ese modo el tejido social. Noción que abandonaría así el ámbito de la religión y, en consecuencia, la ambigüedad de la que ha sido objeto durante siglos.

Al conectar con la matriz del conocimiento humano acerca de lo real, cuya continuidad fue interrumpida por el desarrollo de la sociedad moderna y cuyo origen se pierde en el tiempo, Simone Weil tendió, sin más, un *metaxu* entre el pensamiento contemporáneo occidental y las vertientes del pensamiento antiguo, desaparecidas casi por completo, que reflejaban la proyección del orden del universo, de la verdad eterna, en la construcción de la vida social y en el destino común de la humanidad. Plantear el problema del arraigo del mundo en el universo -en la *realidad real*-, la iluminación de lo sobrenatural aquí en la tierra, a su modo de ver una misma verdad que brota, como esencia común y con *múltiples acentos de alegría*, en determinadas partes del Antiguo Testamento, entre los pitagóricos y los estoicos en Grecia, -cuya concepción del *Amor Fati* constituía el centro de toda virtud humana-, en el Tao Te Ching del filósofo chino Lao-Tse del siglo VI a.C., en el Bhagavad-Gita -el Canto de Dios- del siglo III a.C., en el budismo zen y también -agregamos- en el Popol-Vuh -el Libro de la Comunidad del pueblo maya-quiché-, o en los relatos orales que atesoran sobrevivientes comunidades originarias en el continente americano. “El problema -escribió- es que estamos ciegos, leemos sin comprender”.

Supuso, asimismo, que había existido una *civilización continua*, anterior al Imperio Romano, entre el Mediterráneo y el Cercano Oriente, común a regiones de Egipto, Tracia, Persia y Grecia que compartieron un mismo pensamiento, expresado en modos distintos, acerca del orden sobrenatural -lo que probablemente sucedió también en las diferentes civilizaciones en América destruidas por la colonización europea-, algunos de cuyos postulados podrían, inclusive, haber inspirado a Platón, a quien Weil consideraba discípulo de alguna antigua tradición espiritual.

A su juicio, pues, sin la influencia de la verdad sobrenatural, el orden social continuará siendo irrespirable. Es decir, el tejido de las relaciones

sociales, la necesidad del alma que consideró más cercana al destino universal. Por tanto, debe ser el principal objeto al cual dedicar nuestro mayor esfuerzo de atención. Intentar, al menos, aproximarnos a la “situación de un hombre que camina de noche sin guía, aunque sin dejar de pensar en la dirección que desea seguir. Para tal caminante -leemos en *Echar raíces*-, hay una esperanza grande”. No obstante -advirtió-, ni siquiera tenemos la certeza de que la idea de un orden donde todas las obligaciones fueran compatibles no sea una ficción.

2

Con el objeto de intentar restablecer la *antigua vocación* de la humanidad de imitar en la vida social el orden del cosmos, Weil pues advirtió sobre la necesidad de precisar científicamente las relaciones entre el ámbito de lo humano y el ámbito de lo sobrenatural. Tarea a la que atribuyó, sin embargo, gran dificultad y cuyo significado precisó en reencontrar el “pacto original entre el espíritu y el mundo”, en medio de la civilización misma en la cual vivimos. Una tarea, no obstante -advirtió-, imposible de realizar a causa de la brevedad de la vida y de la imposibilidad de colaboración y de la sucesión, aunque ello no es motivo para dejar de emprenderla. Nos encontramos todos -escribió- en una situación análoga a la de Sócrates cuando, esperando la muerte en su prisión, se dedicaba a aprender a tocar la lira. Así, al menos, se habrá vivido.

En la Creación -afirmó- todo está sometido a un método, incluyendo las pautas de la interacción entre este mundo y el otro. Así, el orden superior puede ser representado en el orden inferior solamente mediante un punto infinitamente pequeño. Gráficamente la imagen mostraría un punto de contacto entre un círculo y una línea tangente para expresar la sumisión, la obediencia y el amor en este mundo al orden universal, lo que Weil denominó una *Monarquía perfecta*. La obediencia, por otra parte, sería igualmente manifestación del *equilibrio perfecto* que anula la fuerza, el poder y la idolatría, puesto que el orden social que podría surgir a la luz del *espíritu de verdad*, de la energía de la verdad sobrenatural, no sería otra cosa que un equilibrio entre diferentes elementos, armonía cuya naturaleza es la complementariedad de los contrarios, tal como sugiere el movimiento eterno de la materia.

“Nada puede tener como destino lo que no tiene como origen”, escribió Weil. Entonces, solo sí lo profano proviene de lo sagrado, si reproducimos la armonía de los contrarios en nosotros mismos, es posible hallar el camino, el *Tao*, la mediación necesaria para abandonar el callejón sin aparente salida de la modernidad. Sin el desarrollo de la virtud de la libre obediencia al orden eterno, pues, no existe posibilidad alguna de liberación, de una transformación social verdadera. Una auténtica revolución que consistiría, sin más, en un movimiento circular, ajeno a la violencia de la fuerza en todas sus formas y a la falsedad de la idolatría. Proyectar la imagen del orden del cosmos en la vida social significa, asimismo, reconocer la belleza, la verdad y la justicia como las auténticas normas de todas las cosas, en discrepancia con el prestigio exclusivo de la ley escrita cuyo origen proviene precisamente de la consideración que se otorga a la fuerza, de la destrucción de las reglas y costumbres propias de la convivencialidad que implican, en principio, más que derechos, libre obediencia y obligaciones.

3

El amor al prójimo, por su parte, es la virtud que permite expresar la unicidad de nuestra especie -condición para la que Nikola Tesla (1856-1943) reclamó asimismo una definición científica rigurosa-. Hemos recibido, de hecho -afirmó Weil-, el poder de hacer bien y mal, no solo al cuerpo, sino también al alma de nuestro prójimo; por tanto, solo la conciencia de nuestra integridad podría inspirar la práctica virtuosa de la verdadera justicia en la vida social. Weil estimó, en efecto, que no debería existir distinción alguna entre el *amor al prójimo* y la justicia, pues solo su plena identificación podría lograr que la compasión y la gratitud acontecieran en medio del respeto absoluto a la dignidad humana, evitando así sus formas serviles y humillantes. A su juicio, pues, el verdadero significado del *amor al prójimo* supone que cualquier ser humano debe ser tratado con justicia -no solo con bondad- y superar, de esta forma, los límites del sistema jurídico que excluye la obligación, para quien posee, de dar. Así -agregó-, podría hacerse de la justicia algo auténticamente bello.

Hay que mantener, entonces, la atención y el amor orientados hacia la otra realidad situada fuera de este mundo, fuera del espacio y del tiempo, de nuestro universo mental, fuera de todo territorio que las facultades humanas pueden penetrar; a esa realidad a la que corresponde, en el centro de nuestro corazón, una exigencia de bien absoluto. Poseemos el poder de dirigir nuestra atención hacia ella; nadie puede suponer que un ser humano esté privado de ese poder y hay que ejercerlo para que sea real. Hoy día, de hecho, la ignoramos y actuamos con absoluta indiferencia hacia ella; es decir, ignoramos, ni más ni menos la fuente del bien.

Quien reconoce esa otra realidad -subrayó Weil-, reconoce también ese nexo con el bien y, por tanto, considera a todo ser humano, sin excepción alguna, como algo sagrado a quien se debe demostrar respeto. No existe -afirmó- otro móvil posible para el respeto universal de todos los seres humanos. Aquel a quien ese respeto le es ajeno, a ese la otra realidad también le es ajena y extraña, desconocida. El respeto, de hecho, no puede ser el mismo hacia todos, mientras no se dirija a algo que es idéntico en todos nosotros; no hay nada idéntico, entonces, más que la presencia de un nexo con la otra realidad. Solo la atención orientada fuera del mundo tiene contacto con la estructura esencial de la naturaleza humana; solo ella posee una facultad de proyectar luz sobre cualquier ser humano.

Diariamente tenemos ante nuestros ojos el ejemplo del universo donde una infinidad de acciones mecánicas independientes concurre para construir un orden que, a través de las variaciones, permanece idéntico. Así amamos la belleza del mundo, porque sentimos detrás de ella la presencia de algo análogo a la sabiduría que deberíamos poseer para saciar nuestro deseo de bien. El ejemplo de conjunto, como en las obras de arte verdaderamente bellas, donde los factores independientes concurren, en forma imposible de comprender, para constituir una belleza única. La contemplación de las obras de arte y de la belleza del mundo, pues, puede sostenernos -subrayó Weil- en el esfuerzo de pensar continuamente el orden humano, que debe ser nuestro primer objeto al que se debe el sacrificio total cuando se presenta la ocasión. Un orden que es la primera de las necesidades, aun por encima de las necesidades propiamente dichas, aunque para poder pensarlo es necesario el

conocimiento de las otras necesidades, *del cuerpo y del alma*, tal como escribió en *Echar raíces*.

Corregir la pérdida de equilibrio y de unidad, en fin, entre aquello que corresponde al individuo y lo que corresponde a la colectividad, una distinción que la intervención del Estado hace cada vez más difusa. En vez de ahogar al individuo, se trata de la unión complementaria entre lo individual y lo colectivo. Solo así podremos construir nuestro arraigo, sintiendo a la vez que somos parte del universo.

LAS NECESIDADES TERRENALES DEL CUERPO Y DEL ALMA

La necesidad de bien es la esencia misma del ser humano -escribió Weil-; nada autoriza a pensar que esa exigencia no exista en algún individuo. De esta manera, cuando hay alguna privación del alma o del cuerpo, se traduce en su propia aspiración al bien. La posibilidad de expresión indirecta de respeto hacia el ser humano, es el fundamento de la obligación que tiene como objeto la satisfacción de sus *necesidades terrenales del cuerpo y del alma*; a cada necesidad corresponde una obligación, a cada obligación corresponde una necesidad. No hay otro tipo de obligación relativa a las cosas humanas. Así, quien tenga su atención y su amor dirigidos hacia la realidad fuera de este mundo -el fundamento del bien-, reconoce al mismo tiempo que está obligado, en la vida pública y privada, a remediar, en el orden de sus responsabilidades y en la medida de su poder, todas las privaciones del alma y del cuerpo que puedan destruir o mutilar la vida de un ser humano aquí en la tierra. Ninguna circunstancia salva jamás a nadie de esta *obligación universal*.

Para concebir de forma concreta la obligación hacia los seres humanos y subdividirla en varias obligaciones, Weil juzgó fundamental y suficiente la definición de las *Necesidades terrenales del cuerpo y del alma*, a las que consideró de carácter sagrado; su satisfacción, por tanto, no puede ser subordinada ni a la razón de Estado, dinero, nacionalidad, raza, color o valor moral de la persona, ni a ninguna otra consideración cualquiera que sea. El único límite legítimo a la satisfacción de las necesidades de un ser humano -subrayó-, es el que establecen las necesidades y carencias de otros seres humanos.

La noción de las *Necesidades terrenales del cuerpo y del alma*, remite al ensayo que Weil escribió en 1943 mientras trabajaba como redactora para las autoridades de la República Francesa en Londres, al que tituló “Preludio para una declaración de las obligaciones hacia el ser humano”, citado antes. Aquí planteó la subordinación a las obligaciones como fundamento de la vida social, propuesta que consideró una inspiración práctica para la vida social, su *Profesión de fe*, siempre y cuando sea adoptada por el pueblo y por quienes gobiernan y ejerzan el poder político, administrativo y espiritual, cuya infracción debería ser susceptible de castigo. Esta noción -como ha señalado Sylvia Valls- conduce, en realidad, a pensar quiénes somos y cuáles son -o deberían ser- nuestros verdaderos anhelos en este mundo.

El cuerpo humano tiene sobre todo necesidad de alimento, calor, sueño, higiene, reposo, ejercicio y aire puro. Definió, asimismo, las *necesidades del alma* como la exigencia de armonía entre lo individual y lo colectivo, ordenadas por parejas que se complementan en equilibrio:

a) igualdad y jerarquía: el reconocimiento, en las instituciones y los valores sociales, del principio que establece un grado de atención igual a las necesidades de todos los seres humanos. La jerarquía implica la escala de las responsabilidades respecto a la obligación;

b) obediencia voluntaria y libertad: la obediencia consentida es la que se otorga a una autoridad que se estima legítima, no al poder político establecido mediante conquista o golpe de Estado, ni en relación con un poder económico fundamentado en el dinero. La libertad es el *poder* de escoger;

c) verdad y libertad de expresión: la verdad exige que todos tengan acceso a la cultura, que no haya en el ámbito del pensamiento ninguna presión material o moral que proceda de una intención ajena a la exclusiva preocupación por la verdad, lo cual implica la prohibición absoluta de toda forma de propaganda, sin excepción; exige la protección contra el error y la mentira. La inteligencia tiene la necesidad de poder expresarse sin que ninguna autoridad la limite. Se requiere, pues, un campo de investigación independiente y accesible a todos, donde ninguna autoridad intervenga;

d) soledad e intimidad y vida social;

e) propiedad personal y colectiva: la propiedad personal no está constituida por la posesión de dinero, sino por la apropiación de objetos concretos como una casa, campo, muebles y utensilios. La justicia exige que la propiedad personal sea inalienable como la libertad. La propiedad colectiva no se define por un título jurídico, sino por el sentimiento de un medio humano que contempla ciertos objetos materiales como una prolongación de sí mismo. Una clase social que se defina por la falta de propiedad personal y colectiva, es algo tan bochornoso como la esclavitud, subrayó Weil;

f) castigo y honor: cualquier ser humano que, al cometer un crimen, se ha colocado fuera del bien, necesita ser reintegrado al bien mediante el dolor; esta reintegración es el castigo. Todo ser humano que ha terminado de expiar, necesita que su honorabilidad sea reconocida igual a la de cualquier otro;

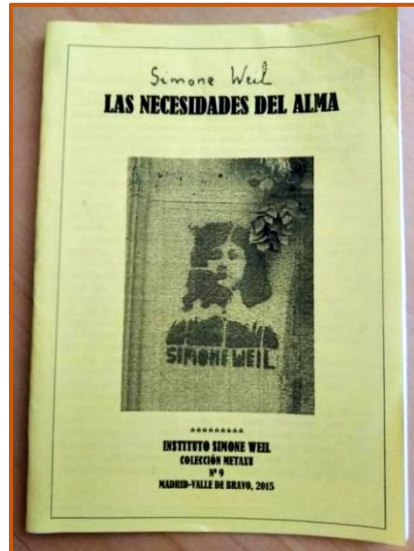
g) participar en tareas comunes de utilidad pública e iniciativa personal y satisfacer la necesidad de ser útil, hoy día sujeta casi exclusivamente a la incorporación al mercado de trabajo, fuera del cual el individuo sufre graves consecuencias materiales y emocionales;

h) seguridad y riesgo: el miedo a la violencia o al hambre, es una enfermedad del alma. El aburrimiento causado por la ausencia de riesgo ante la incertidumbre, es también una enfermedad del alma;

i) principalmente, el ser humano necesita arraigo, *echar raíces*, en ambientes materiales que permitan comunicar con el universo. La patria, la lengua, la cultura, el pasado histórico común, la profesión, la localidad, son ejemplos de ambientes materiales. Es criminal todo lo que impida al ser humano arraigar y sentir que forma parte del orden del universo, como la destrucción del pasado, la guerra, la dominación económica, la opresión del trabajo o la educación, cuando ésta tergiversa la realidad y la historia y siembra en los jóvenes la indiferencia hacia la justicia, la verdad y el bien.

La satisfacción de las necesidades del cuerpo y del alma es, en suma, expansión de la fraternidad, de la belleza y del júbilo. El primer estudio que debe hacerse es, pues -indicó Weil-, el de las necesidades que son a la vida del alma lo que el alimento, el sueño y el calor a la vida del cuerpo; tratar de enumerarlas y definir las como fundamento del ideal de una nueva civilización. Aceptar esta declaración implica un esfuerzo continuo para crear lo más

rápidamente posible las instituciones y los valores que permitan castigar la violación del compromiso, que en la mayoría de los casos requerirá varias generaciones.



COOPERACIÓN PURA Y ESPIRITUALIDAD DEL TRABAJO

Para Weil, por otra parte, resultaba imposible una transformación integral del orden social sin una auténtica revolución en las *condiciones* del trabajo, incluyendo sus *móviles* reducidos al salario y el temor al despido, como se ha mencionado antes. Constituye suficiente evidencia, por lo demás, el fracaso de los regímenes socialistas en el siglo XX, al pretender sustituir los estímulos del miedo al hambre y el dinero por la *revolución* y la promesa de un *paraíso* futuro de libertad y ocio. La solución consistiría en conciliar las necesidades de los trabajadores y las de la producción, dado que la respuesta en la vida moderna radica en eliminar alguna de las dos; disipar el velo que pone el dinero entre el trabajador y el trabajo, subrayó Weil. En *Echar raíces*, consideró precisamente el ideal de una civilización con base en la *espiritualidad del trabajo*, como forma contemporánea de la grandeza verdadera: “Pero no se puede tentar una fórmula semejante más que temblando -escribió- ¿Cómo tocarla sin mancharla?”.

Es decir, la *ficción* del trabajo considerado una mercancía, sería sustituida por la *espiritualidad del trabajo*. Es de esperar, por tanto, que en un ámbito social organizado en torno al trabajo como valor humano -y no como valor económico-, la separación entre trabajo manual y trabajo intelectual tendería a desaparecer: la aproximación al ideal que Weil consideró una obligación universal. La humanidad -afirmó- precisa, por tanto, asumir la obligación de *emanciparse* en el trabajo, no del trabajo.

Como iniciativa personal y participación en tareas colectivas, el trabajo para Weil era una necesidad del alma, un cierto contacto con la realidad, la verdad, la belleza del universo y con la sabiduría eterna de su disposición. Es decir, nos permite construir comunidad y, al mismo tiempo, relacionarnos con la verdad sobrenatural, percibida espiritualmente como *objeto de amor*, razones por las que consideró un sacrilegio envilecerlo. Emanciparse en el trabajo exigiría, pues, en primer término, eliminar la obediencia pasiva en la que se asienta la producción económica; la arbitrariedad que obliga a temer debe ser excluida en la medida de lo posible. Sería necesario pasar progresivamente desde la subordinación total de los que ejecutan, a una combinación entre subordinación y colaboración, siendo el ideal a alcanzar lo que Weil denominó *cooperación pura*, en el ámbito de una organización que equilibra las relaciones entre necesidades y obligaciones, la libertad y la fraternidad de los trabajadores en condiciones de igualdad.

Un sistema de trabajo, en fin, que armoniza las necesidades de los trabajadores y las condiciones de la producción, cuya tendencia sería borrar la distancia entre trabajo manual e intelectual, de tal forma que ambos podrían llegar a ser realizados por un mismo trabajador. El trabajo, por otra parte, debería constituir el “primer medio de educación” de los individuos, puesto que cambiar sus condiciones demanda no solo abolir el hastío y el aburrimiento, involucrando al trabajador en el funcionamiento conjunto del proceso productivo. Reclama, asimismo, la subordinación de los móviles materiales y el fomento de estímulos morales: contraer obligaciones, vocación, satisfacción profesional, honor, respeto, dignidad, interés por la tarea bien realizada y sentido de responsabilidad, entre otros. Así, los seres humanos trabajaríamos impulsados por una amplia variedad de razones, subordinando el miedo y el dinero, organizando la vida social en torno a ellas.

No hay que olvidar que el descubrimiento del alma individual es también -como observó Karl Polanyi- el descubrimiento de la comunidad, de la relación entre personas fundamentada en la cooperación, la reciprocidad y la asociación en términos de igualdad. Por tanto, solo bajo la organización en comunidades, los trabajadores estarían en capacidad de desarrollar ellos mismos una “visión de conjunto” de la vida económica que incluya las necesidades humanas y el sufrimiento en el trabajo, a través de asambleas en fábricas, talleres, cooperativas, en los barrios y en los municipios. Cuanto más profunda y vibrante sea la participación de las personas en la comunidad, más precisa y completa será la *visión de conjunto* acerca de los aspectos económicos que forman parte de la existencia humana; formas de organización que impulsan la transformación de las condiciones del trabajo, como resultado de la actividad autónoma de los individuos. Así, el camino hacia aquello que Polanyi denominó *democracia funcional* es, sobre todo, una cuestión de auto-organización que dependerá, en lo fundamental, de la calidad y el compromiso del individuo.

Humanizar la vida social, algo imposible de conseguir en el marco del mundo moderno. Otorgar una forma superior a la resistencia contra la opresión y devolver al trabajo su condición humana, es, sin embargo, un esfuerzo que concierne a toda la sociedad, cuyo significado definió Weil como “la única conquista espiritual del pensamiento humano desde el milagro griego”. Construir un orden social próximo a este ideal supondría, pues, modificaciones no solo en el ámbito de la producción, sino también a nivel cultural, principalmente en lo que se refiere a la separación existente entre trabajo manual y trabajo intelectual.

UN NUEVO PATRIOTISMO

Es vital para los seres humanos participar activamente en una colectividad que proporcione raíces, asegurando los vínculos con el pasado y las aspiraciones comunes de futuro. En 1943 Weil argumentó que en la construcción de un orden semejante, el Estado estaría llamado a ejercer apenas una *acción negativa*; es decir, una ligera presión para impulsar el equilibrio. Se trataría, en todo caso, de lo que proponemos llamar un

No-Estado, algo que cada vez debería ser más anhelado. Por tanto, frente al Estado-nación, planteó la necesidad urgente de pensar la noción de *patria*; no pensarla de nuevo -afirmó-, sino por primera vez. Una tarea dirigida a recuperar el significado legítimo de la colectividad, en referencia a su función primordial precisamente sobre la relación de los seres humanos con el pasado y con el futuro, con su destino como especie.

Consideró, pues, el imperativo de proporcionar equilibrio al concepto de *patria*, en oposición a la definición de carácter absoluto asociada al Estado como la única realidad que puede exigir fidelidad y sacrificio a las personas. Advertir, por tanto, que aquello que confundimos con la patria, es también el ejército, la policía, la fuerza y el poder; es decir, precisar el evidente absurdo que conduce al ejercicio de una doble moral que incluye la lealtad a eso que se supone es la patria, aunque al mismo tiempo fomente la injusticia y la opresión. Disipar, en fin, la confusión de nuestros pensamientos y nuestros sentimientos, para conseguir vislumbrar una relación entre la *patria* y *el bien*.

Asignar a la patria el ámbito que verdaderamente le corresponde implicaría, pues, definir y determinar claramente sus límites: una población y un territorio unidos por acontecimientos históricos y anhelos comunes, donde se mezclan el bien y el mal, lo justo y lo injusto. Una *realidad vital* que debe ser preservada, esencialmente por el grado de bien y de justicia que contiene. Podríamos identificar así un gran número de medios portadores de vida, grandes y pequeños, con una o varias lenguas compartidas -desde aldeas a regiones-, donde la lealtad implicaría la obligación del sacrificio ante las amenazas y el peligro de destrucción.

La *patria* -argumentó Weil-, si se define sin el menor asomo de mentira y suprimiendo la falsa grandeza, aparece, entonces, como algo auténticamente bello, aunque imperfecto, frágil y expuesto a la desgracia, que reclama el deber de amarla y preservarla. La confusión de ideas sobre la patria, claro está, encauza el sentimiento del patriotismo hacia aquello que usurpa su lugar, una cuestión sin precedentes en la historia de la humanidad. El patriotismo fue siempre, en efecto, algo impreciso que aparecía y desaparecía según el peligro y las amenazas al medio vital, o la fidelidad, el amor y la adhesión hacia una comunidad, los señores o los reyes. Se manifestaba, sobre todo, como la obligación hacia el *bien público*, una expresión que hacía referencia,

indistintamente, a la aldea, la ciudad, la provincia, la colectividad o el propio género humano.

Igual que Francia forjó el patriotismo moderno en el siglo XVIII, Weil examinó la urgencia de emprender en tal sentido un nuevo *esfuerzo de invención* que contemplara, en tiempos de paz, el ejercicio de la virtud de una *humildad de buena ley*: la búsqueda de la igualdad entre el bien, la justicia y el medio vital, algo totalmente desconocido, cuya posibilidad no ha sido abordada todavía. Tarea que debe encontrar inspiración en la verdad del pasado, valorando el escaso legado que aún queda para asimilarlo y recrearlo en nuevas formas de convivencia social, a nivel local y regional.

Evaluó, en suma, la necesidad que tiene el mundo de un nuevo patriotismo, basado en el criterio de verdad; diferente -afirmó- al que hace correr la sangre, al que separa, destruye y desarraiga. El espíritu de un nuevo sentimiento de fidelidad -un amor a la patria- limitado a nuestro medio vital, con su bien y sus imperfecciones. Consideró natural, por ejemplo, que lugares como Bretaña, Gales e Irlanda integrasen una misma realidad vital, una misma patria -igual que otras *biorregiones* del planeta en el Caribe, en los Andes, en la Amazonía, etcétera-; la perspectiva, en fin, podríamos decir, del ideal de una nueva *civilización continua* entre regiones complementarias. Una innovación social y política para vencer el desarraigo, incentivar la circulación de ideas, la multiplicación de contactos y el diálogo, fuera del marco de los Estados nacionales; visión, en efecto, opuesta radicalmente a la actual *globalización negativa* que, haciendo reiterado uso de la fuerza en todas sus modalidades, antiguas y modernas, profundiza el enfrentamiento y la competencia, fomentando el desarraigo a niveles inauditos y la destrucción del medio natural.

Nos hallamos así ante el gran desafío de construir auténticas colectividades que ofrezcan el más alto nivel posible de arraigo, en el mundo y en el universo. Cuanto más forma de nación adquiere un espacio social, cuanto más pretende ser patria, más deformada será la imagen que ofrezca, puesto que la nación, identificada con el Estado, es contraria a la belleza del mundo. Desarrollar el arraigo en una sociedad *bien hecha* -sostuvo Weil- conduce, por tanto, a la recuperación de lo auténticamente humano, a

compartir de nuevo la verdad entre los pueblos, no el error como sucede en la vida contemporánea.

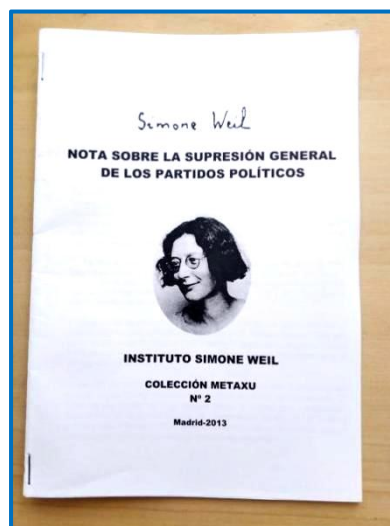
LA DEMOCRACIA LEGÍTIMA

Weil consideró también indispensable la acción de reemplazar las ideas vigentes sobre la política. Diferenciada de su función actual como un fin dirigido a la conquista y el mantenimiento del poder, debería ser solo un *medio* al servicio de la educación permanente de los pueblos. La política, cuyo objetivo es la justicia, decide el destino de los pueblos, por lo que reclama una atención semejante al arte y a la ciencia, cuyos fines son la belleza y la verdad.

La noción de *las necesidades terrenales del cuerpo y del alma* situada en el centro de la vida social y de la cultura, conduce, de hecho, a enfrentar el problema de la democracia. La verdadera democracia -afirmó Weil-, no la conocemos, porque en la sociedad moderna es prisionera del derecho y la reivindicación; prisionera de la necesidad, del Estado y de la arbitrariedad de jerarquías ilegítimas; ningún régimen social se ha aproximado realmente a una forma plena de democracia, puesto que los pueblos no han tenido nunca la oportunidad ni los instrumentos para expresarse sobre los problemas de la vida colectiva. Es, por tanto, un fin, no un medio para lograr el bien común, puesto que los partidos políticos tienen el monopolio de la participación de los ciudadanos en los asuntos públicos. En consecuencia, cualquier transformación implicaría, en primer término, su eliminación como maquinarias para la fabricación de fanatismos y de pasión colectiva mediante la propaganda, al servicio exclusivo de su propio fortalecimiento, que han convertido el bien público en una ficción. Argumentos que Weil desarrolló en el ensayo que escribió en Londres entre diciembre de 1942 y abril de 1943, titulado *Nota sobre la supresión general de los partidos políticos*.

En este ensayo, Weil consideró de primera importancia reconocer como criterios del bien la utilidad pública y la justicia. En consecuencia, la democracia, el poder del mayor número, no es un bien, es un conjunto de medios con miras al bien, estimados eficaces con o sin razón. La verdad es una, la justicia es una; los errores y las injusticias son infinitamente variables.

Así, los seres humanos convergen en lo justo y verdadero, mientras que la mentira y el crimen les hace separarse; la unión es una fuerza material. Puede esperarse encontrar un recurso para hacer que la verdad y la justicia, aquí abajo, resulten materialmente más fuertes que el crimen y el error, porque son las que generan la fuerza de la unión entre los seres humanos. Por eso es necesario disponer de un mecanismo adecuado; si la democracia es ese mecanismo, es buena, de otra forma no. Una constitución democrática es favorable, entonces, si en primer lugar logra crear en el pueblo tal estado de equilibrio y si, seguidamente, permite que los deseos del pueblo sean ejecutados.



Una verdadera democracia establecería, pues, la designación de hombres y mujeres cuya jerarquía legítima emanara del prestigio adquirido en sus comunidades. Una *democracia legítima*, como la ha definido Sylvia Valls, que implicaría el ejercicio de una nueva ciudadanía, en función de las obligaciones en torno a la creación de medios para la satisfacción de las necesidades humanas; que permitiría, además, establecer la importante diferencia entre el concepto de nación identificada con el Estado y aquellas relaciones concretas con una ciudad, una localidad o un territorio. Es decir, una democracia que reconozca la posibilidad de considerar la nación no en términos de gobiernos nacionales, sino como identidades integradas a partir de la lengua, la cultura y los territorios compartidos que garantice, en suma, el arraigo. Favorable, sobre todo, al diálogo que conecta lo personal y lo colectivo, porque el debate

separa -la inútil confrontación de ideas que demanda fuerza en forma de elocuencia, erróneamente sobre valorada hoy día-, dado que su objetivo no es inspirar, irradiar, sino el prestigio y el poder que es siempre *obediencia degradada*.

2

Considerar, por otra parte, la política como un medio permanente para la educación individual y colectiva, sin desviarse hacia otros propósitos, significaba para Weil una idea totalmente nueva de la vida social y, por tanto, algo que demanda un gran esfuerzo. A partir del Renacimiento, de hecho -observó-, la política no se concibió jamás en tal sentido, sino solo como un instrumento para conseguir y mantener el poder considerado un fin en sí mismo, hasta hoy día. Como un *medio de educación*, de hecho, la política no puede apoyarse en los métodos tradicionales basados en amenazas y promesas que incitan el temor o la esperanza; tampoco en la sugestión que busca siempre coaccionar y oprimir. La misión es de orden tan elevado -subrayó Weil-, que la competencia o la eficacia de tales prácticas no podría bastar.

Conviene acudir, al contrario, a la potencialidad de otros medios, ignorados hasta ahora por la acción política; entre ellos, los ejemplos provenientes de determinadas acciones y organizaciones -incluyendo las escasas e invalorables referencias al “pasado vivo” que aún se conservan en el mundo- y, además, debe considerarse la expresión misma de los pensamientos del pueblo, donde es importante que las palabras tengan su origen en el bien y suministren *energía* y alimento a los miembros de la colectividad. Weil, de hecho, estimó indispensable recuperar el descrédito de las palabras -en el caso, por ejemplo, de *libertad, igualdad, fraternidad o democracia*-, usando libremente las más bellas de cada lengua. Recobrar así un lenguaje que brote *de la elevación del pensamiento* y, en la medida de lo posible, de tradiciones pasadas. Aquello que es solo mal, odio y bajeza debe rechazarse en cualquier momento, sin ofrecerle jamás una oportunidad.

Advirtió, además, que si bien la política como medio para la educación sobrepasa todas las posibilidades conocidas, es justamente eso lo que le

otorga valor y trascendencia. Una idea, en efecto, que debe concretarse de forma precisa para que intervenga en todas las decisiones de carácter público sobre las necesidades de la vida individual y social, de tal forma que, aún cuando resulten imperfectas, tengan la posibilidad de aproximarse a la justicia. La política como un medio para la educación, en fin, debe estar inspirada por el ideal de cierta perfección humana.

3

La proporción de bien y de mal en la sociedad depende, entonces, por una parte de la proporción de consentimiento de las obligaciones y, por otra, de la *distribución* del poder entre los que consienten y los que rechazan. Todo poder, abandonado en manos de un individuo, que no ha dado a esta obligación un claro consentimiento, es un poder mal situado. El ejercicio de cualquier función constituye así un crimen y son cómplices todos los que, conociendo su pensamiento, le autorizan a ejercer tal función. Para Weil, de hecho, el objeto de la vida pública consiste en poner, en la mayor medida posible, todas las formas de poder en manos de los que consienten a ser atados por el deber que obliga a cada persona ante los demás seres humanos. La ley sería, entonces, el conjunto de disposiciones permanentes susceptibles de tener dicho efecto.

Para aplicar la noción de *voluntad general*, además, Weil consideró dos aspectos fundamentales que demandan atención. Uno, que en el momento en que el pueblo tome conciencia de uno de los deseos y lo exprese, no haya ningún tipo de pasión colectiva como impulso para el crimen y la mentira e infinitamente más poderosa que cualquier pasión individual. Si una sola pasión colectiva se impone -subrayó- y se apodera de todo un país, la nación entera cae unánimemente en el crimen; si dos, cuatro o diez pasiones colectivas lo dividen, está dividido en varias bandas de criminales. Entrechocan con un ruido infernal, que hace imposible escuchar tan siquiera un segundo la voz de la justicia y de la verdad, siempre casi imperceptible. La segunda condición -agregó-, es que el pueblo exprese sus deseos en relación con la vida pública y no se limite solo a la elección de personas; la *voluntad general* no tiene ninguna relación con este tipo de selección.

El simple enunciado de estas dos condiciones, pues, muestra que no hemos conocido jamás nada que se parezca, ni de lejos, a una democracia. En lo que llamamos así, jamás el pueblo tiene la ocasión ni el modo de expresar su opinión en relación con ninguno de los problemas de la vida pública, y todo lo que escapa a los intereses particulares queda librado a las pasiones colectivas, las cuales son, sistemática y oficialmente alentadas. Surgen, entonces, dos preguntas fundamentales: ¿Cómo dar a un pueblo la posibilidad de expresar un juicio sobre los grandes problemas de la vida pública? Y ¿cómo evitar que entre el pueblo no circule ningún tipo de pasión colectiva?.

No resulta fácil concebir soluciones -advirtió Weil-, pero es evidente, después de un exámen atento, que toda solución implicaría, en primer lugar, la supresión de los partidos políticos. Según el criterio de verdad, de la justicia y del bien público, tres son sus características esenciales: un partido político es una maquinaria para la fabricación de pasiones colectivas; es una organización constituida para ejercer una presión colectiva sobre el pensamiento de cada uno de sus miembros; y, por último, el único fin de un partido político es su propio crecimiento, sin límite alguno. Debido a este triple carácter, entonces, todo partido es totalitario en germen y en aspiración.

Solo el bien es un fin -la justicia y la utilidad pública-; todo lo que pertenece al ámbito de los hechos es de la categoría de los medios. Pero el pensamiento colectivo es incapaz de elevarse por encima del ámbito de los hechos; es un *pensamiento animal*. Una concepción del bien público no es cosa fácil de pensar. El partido es en sí su propio fin; por tanto, la concepción del bien público propio de tal o cual partido es una ficción, una cosa vacía, sin realidad, que se impone la búsqueda del poder total. Es por ello que hay afinidad, alianza, entre totalitarismo y mentira. Los partidos políticos son organismos pública y oficialmente constituidos con el fin de matar en las almas el sentimiento de la verdad y de la justicia. La pasión colectiva es ejercida sobre el gran público por la propaganda -esa forma moderna de violencia-, cuyo fin es solo el de persuadir, formar la opinión del pueblo; a juicio de Weil, el partido comunista, de hecho, había llevado el sistema a la perfección.

Los partidos políticos constituyen un mecanismo maravilloso en virtud del cual -concluyó-, a través de toda la extensión de un país, ni una sola mente otorga su atención al esfuerzo de discernir en los asuntos públicos el bien, la justicia y la verdad; de ello resulta que no se deciden y ejecutan sino medidas contrarias al bien público, a la justicia y a la verdad: “Si se confiara al diablo la organización de la vida pública -escribió-, no podría ocurrírsele nada más ingenioso”. La influencia de los partidos, en efecto, ha contaminado toda la vida social de nuestra época. Se acepta que el espíritu de partido ciega, hace sorda a la justicia, empuja hasta a la gente honesta al más cruel escarnio contra inocentes, pero no se piensa en suprimir los organismos que fabrican semejante espíritu. En casi todas partes la operación de “tomar partido”, de asumir una posición a favor o en contra, ha sustituido a la obligación de pensar. Parece dudoso que podamos curarnos de esta lepra que nos está matando -afirmó-, sin comenzar por eliminar los partidos políticos; supresión que constituía para Weil, pues, un *bien casi puro*.

Para sustituir el veneno de las ideologías y de la propaganda que inunda el alma y el pensamiento de separación, conflicto, mentira, idolatría y fanatismo, el mayor de los esfuerzos y el paso inicial, no obstante, es el ejercicio de atención -escribió Weil en 1942-, de tal forma que la mente, sin buscar nada, a la espera, pueda recibir la verdad de la realidad que va a penetrar en ella.

En su criterio, pues, el objetivo de la educación, además de suscitar móviles que proporcionen energía para la acción efectiva -tomando en cuenta que la proporción de bien contenida en los móviles será la misma cantidad que habrá en las acciones, no más-, debería ser la formación de la atención, principalmente de aquella que denominó *atención intuitiva*: “la única facultad del alma que da acceso a Dios”. Es decir, un modo de atención superior al que razona, origen del arte, de los verdaderos descubrimientos científicos, de la filosofía que proporciona sabiduría, del amor al prójimo y de la conciencia de la verdad sobrenatural. En consecuencia, evaluó como una gran aporte a la humanidad el desarrollo de un método que permitiera a los jóvenes evocar el orden del universo mientras resuelven un problema de geometría o traducen un texto en latín.

Indudablemente, la inspiración que necesita el mundo no es solo verbal, su expresión es apenas el comienzo.

Es necesario precisar todo aquello que está ausente, imprescindible para comenzar la labor de reconstruir la vida social y comunitaria de acuerdo a los valores de una auténtica democracia, “esa que no conocemos”, en palabras de Weil. Superar la creciente indiferencia que padecemos hacia las cosas verdaderamente importantes, de tal modo que nuestros anhelos sean menos mediocres que cambiar una dictadura por un sistema ideológico de partidos. Se trata, en suma -subrayó-, de *liberar nuestras aspiraciones* y reflexionar sobre el punto de partida de una civilización, no de un régimen político o económico. “Hay colectividades muertas -escribió-, que, sin devorar las almas, tampoco las alimentan. Si hay completa seguridad de que están muertas y que no se trata de un letargo pasajero, y solo en ese caso, hay que aniquilarlas”. Hacernos merecedores como especie, en fin, de habitar este hermoso planeta y abrir la puerta para escapar del mundo moderno.

Mailer Mattié. Nació en los Andes venezolanos y es vecina de Madrid desde hace treinta años. Economista y escritora, ajena a las ideologías y los partidos políticos. Autora de diversos artículos y ensayos sobre el pensamiento weileano y coordinadora de la página de difusión y circulación de ideas *Instituto Simone Weil ediciones.*

